

***LO QUE PASA DESPUÉS DEL DOLOR: UN RELATO SOBRE LA VIDA DE ALGUNAS
VÍCTIMAS DE LA GUERRA Y LA VIOLENCIA EN COLOMBIA***

MARÍA CAMILA MANRIQUE NIÑO

TRABAJO DE GRADO

**Presentado como requisito para optar por el
Título de Profesional en Estudios Literarios**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
Facultad de Ciencias Sociales
Carrera de Estudios Literarios
Bogotá, 2016**

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

DECANO ACADEMICO

Germán Rodrigo Mejía Pavony

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Juan Cristóbal Castro

DIRECTOR DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Jaime Alejandro Rodríguez Ruiz

DIRECTORA DEL TRABAJO DE GRADO

Liliana Ramírez

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”

Agradecimientos

Gracias a la localidad de Ciudad Bolívar, al barrio Santa Marta, al barrio el Recuerdo, a la panadería de la esquina, a las calles sin pavimento. Gracias porque sin querer me abrieron sus inmensos brazos, porque juntos abrimos y cerramos heridas que están adentro, en la intimidad. Gracias por los días de sol, llovizna fina, días con mucho viento, noches, lunas llenas, menguantes, cielos oscuros, claros; miedos, fortalezas, calma. Gracias porque allá logré entender la paciencia, el perdón, la tenacidad, la vida, el significado tan grande de confiar en uno mismo. Los conocí a ellos y a mí misma, juntos, en el transcurrir de mis 25 años, los cuales me recuerdan que las letras en mi vida siempre tienen un momento preciso.

Gracias a Liliana Ramírez y a Alberto Bejarano por su hermosa forma de ver la literatura, a Cristian Prieto porque sin su compañía en la clase de Clásicas nada de esto hubiera podido ser. Gracias a Camilo Segura porque desde el día uno creyó en mí; gracias a mis amigos por la paciencia, por el apoyo, por el amor; a mi familia que me da alas.

Infinitas gracias a la literatura porque me hizo conocer lo que ha sido de mi vida. Y a ustedes.

Tabla de contenido:

1. Introducción

2. Prólogo

3. Capítulo primero: Hacia adentro

1

2

3

4

5

4. Capítulo segundo: Del dolor

Don Cristo

Mariana

Don Félix

Doña Irene

5. Capítulo tercero: Que ya está afuera

1

2

6. Conclusiones

7. Bibliografía

Introducción

*Un dolor que duela más que el mío,
uno que duela más que en todos,
que duela más que en mi cuerpo,
que duela más que este cuerpo,
que duela aquí,
porque el dolor va a dejar de ser mío.*

*Un dolor que duela más que el que fue mío,
uno que duela más que solo en este cuerpo,
que duela en los cuerpos,
los que no se pueden tocar,
los que no se pueden sentir,
los que no están,
los que somos muchos,
porque este cuerpo ya no es mío.*

*Un dolor que duele más que ese que fue mío,
porque duele en todos los cuerpos,
esos que no son míos.*

María M.

Siento la necesidad de aclarar que los motivos de este relato son más personales que teóricos o académicos. Aunque la búsqueda de cómo narrar lo que no se puede narrar empezó hace un par de años en clase de Narrativa Colombiana, escuchando a la profesora Liliana Ramírez hablar sobre cosas maravillosas y sin embargo aterradoras alrededor de la narrativa de la violencia en Colombia como la historia, el pasado, la memoria, el dolor, el duelo, la guerra, las víctimas y las violencias, las desdichas y dolores de los años siguientes se pusieron en mis narices y entonces se volvió necesaria esa búsqueda de narrar lo que no se puede narrar.

En febrero de 2016, con residuos de ese dolor que un día pensé que el tiempo no se iba a llevar, salí a buscar una historia que contara un dolor mucho más grande que el que yo viví, mucho más

grande que el mío, a ver si así lograba subsanar esas barbaridades injustas que a veces la vida se empeña en hacer.

Entonces, me encontré con Santa Marta.

Santa Marta es un barrio que está ubicado en la periferia bogotana, es la loma más alta al sur de la localidad de Ciudad Bolívar que le da a sus habitantes un hogar. Es el hogar de tres habitantes, entre muchos otros que conocí durante cuatro meses, que se vieron envueltos en esta historia.

En los primeros días al llegar a Santa Marta las historias que rebosaron fueron las de cómo la guerra y la violencia en Colombia afectaron a casi todos los que estuvieron a mi alrededor, en ese momento.¹ Afectados en el sentido de ser desplazados o reinsertados a un mundo con dinámicas de vida completamente ajenas a ellos. Afectados en el sentido en que ese ser desplazados o reinsertados son la consecuencia más horrosas de la guerra porque no solo los obliga a huir o a matar para sobrevivir, sino a huir en las peores condiciones o a matar de la peor forma. Esas historias las recogí al charlar con ellos, sobre la vida, el pasado, el presente, el futuro, los libros, el amor, el desamor, el clima, al convivir, al subir algunos días entre semana y casi todos los domingos de febrero a julio.

Durante este tiempo, en mi vida, en mis dedos y en mi cuaderno de notas estuvieron guardadas estas historias que merecían ser contadas,² no solamente por ser testimonios de las víctimas de la

¹ Las fechas y los acontecimientos históricos o nacionales que representan pueden ser totalmente exteriores a las circunstancias de nuestra vida, al menos en apariencia; pero, más tarde, cuando reflexionamos sobre ellos, descubrimos muchas cosas, descubrimos el porqué de muchos acontecimientos. (Maurice Halbwachs, *Memoria colectiva*, p. 58)

² Podría decirse que aún si las palabras “nunca más” fueran el perfil de una esperanza imposible, las víctimas seguirán narrando su viaje por el horror. Tal vez porque su sufrimiento carecería de sentido si su relato fuera silenciado. (Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar*)

violencia³ sino porque más allá de cada una de ellas, la forma como las descubrí y se narraron, han sido la primera manifestación de que lo que no se puede narrar, de repente, un día, se empieza a narrar a sí mismo, usando su propia forma y bajo sus propias condiciones. Así, entonces, comienzo a escribir este relato, que lo es todo, sobre Santa Marta, sobre sus habitantes, sobre mí, sobre la memoria, sobre el dolor y sobre lo que pasa después del dolor.

Este relato está dividido en tres partes que responden de manera deshilachada, porque la memoria lo es, a cuestiones sobre el dolor, las formas de dolor, los imaginarios, los testimonios, el testigo, el otro, la memoria, el pasado, el olvido, la construcción de la paz. Es un relato, también, que pone en evidencia síntomas de la sociedad relacionados con el tema de la construcción de una nueva Colombia en el posconflicto, un posconflicto que hace un par de años nos devuelve a muchos la esperanza de contar nuevas historias, de contar otras historias. El hecho determinante es la sensación que surge en el 2016: que ha habido mucho de lo mismo, muchos muertos, muchos desaparecidos, muchas familias sin hogar, mucha violencia entre liberales y conservadores, entre ejército nacional, guerrilleros y paramilitares, mucha violencia política que no sabemos, mucha violencia física y verbal; mucha violencia. Ha habido mucho de lo mismo siempre en todas las historias que cuentan, que se cuentan, que nos contamos entre nosotros.⁴

³ Los testimonios son una forma de lidiar con la pérdida, no solo de vidas si no de una forma de vida y de entusiasmo. Si bien elaboran el testimonio desde la subjetividad, configuran la memoria colectiva ya que el testimonialista documenta una época, una cultura, una forma de resistencia, un imaginario. (Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar*)

⁴ Cuando decidí escribir la historia estaba convencida de que los diálogos de paz entre el gobierno del presidente Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) hoy, octubre de 2016, iban a estar en marcha. Que el grupo armado estaría llevando a cabo el desarme y se desmovilizarían tantísimos guerrilleros dispuestos a volver a la vida civil. Que los campesinos, que todas las víctimas iban a tener una verdadera bocanada de aire. Que en Colombia la paz colectiva se iba a sentir hasta en la forma de mirarnos a los ojos los unos con los otros. Cuando terminé de escribir esta historia ese convencimiento con el que empecé seguía vivo. Meses después no pasó absolutamente nada de lo que pensé al estar convencida. Meses después se nos vinieron las palabras encima. Meses después dijimos no sabiendo que el sí estaba en todo. ¿Volvemos a la guerra? ¿Dónde están los campesinos? ¿Dónde están las armas? ¿Se repite la historia? ¿Quién y cómo se decide esto si no somos los que llevamos 52 años de

Este relato que surge bajo este hecho determinante, aun cuando tiene tintes de mucho de lo mismo que se cuenta siempre en Colombia, tiene la fuerza de esa coyuntura temática del posconflicto y lo que viene con él, que está necesariamente ligado con la palabra esperanza.

guerra, si no ellos? ¿Vamos a escribir las mismas historias otros 52 años más? ¿Dónde estamos todos? Los diálogos de paz siguen vigentes sin embargo, transcurren los días y cada vez todo es más incierto.

El dolor va tomando su propia forma
Alejandra

Prólogo

*También este es un modo
-quizás el único modo posible-
de escuchar lo no dicho.*

Giorgio Agamben, *Lo que queda después de Auschwitz*

*La historia no es un frígido museo;
es la trampa secreta de la que estamos hechos, el tiempo.
En el hoy están los ayeres.*
Jorge Luis Borges

Este relato, que hace parte de los relatos alrededor de la guerra y la violencia entre ejército nacional, guerrilla y paramilitares desde hace más de dos décadas en Colombia, que se ha escrito desde esta nueva sensación del posconflicto colombiano, es parte de un diálogo entre experiencia y teoría. Este diálogo (así lo he llamado porque las dos fueron indispensables para pensar y escribir) que se fue dando en la medida en que la historia se fue narrando, no pretende dar una versión ejemplar o acabada de cómo pueden tejerse reflexiones entorno a este tema álgido, que es el posconflicto y la construcción de la paz, sino, más bien, presentar un relato que abre preguntas y propone múltiples sensibilidades frente a lo que puede pasar al narrar el dolor.⁵

Esta historia escrita entre crónica, testimonio y diario, está escrita así para generar, desde luego, una empatía más íntima con el lector. Aquí narro algunas de las tantas cosas que viví junto con todos los habitantes del barrio Santa Marta. Esta historia, escrita para nosotros, cuenta una pequeña parte de lo que pasa después del dolor en la vida de algunos. Esta historia, que de seguro es la historia de muchos colombianos y colombianas víctimas del conflicto armado que abrieron su casa y sus heridas, una vez más, es una forma de escuchar lo que a veces se oculta, se silencia

⁵ Este tipo de análisis está fundado en la creencia benjaminiana de que el arte es una de las expresiones fundamentales para entender las sociedades. (Alejandra Jaramillo Morales, *Nación y Melancolía: Literaturas de la violencia en Colombia 1995-2005*, p. 319)

o no se quiere decir. Entonces, en ese momento, lo único que remueve esas capas de lo oculto, del silencio o de lo no dicho y deja ver un poco lo que está atrás, lo que todo ese tiempo reposó en ese espacio vacío es la literatura⁶. Es lo que se escribe. Lo que escriben. Es esta historia.

Ahora, entre la teoría, la experiencia y sentarme a escribir, el barrio Santa Marta logró volverse real después de cinco meses de habitarlo. Este barrio propició el encuentro de cinco personajes: tres que actualmente viven en el barrio y dos más, externos, que viven en el interior de Bogotá, que contaron su testimonio en alguna de sus calles, bajo su cielo inmenso. Y eso que ahora se cuenta con cierto estilo, formas, puntos, comas, comas y puntos, eso, se volvió literatura.⁷

En la medida en que recolecté esos testimonios⁸, en los que yo también me vi envuelta, y fui construyendo una memoria⁹ del barrio, una memoria de todos, eso que se volvió literatura se

⁶ La identidad del que pierde su lugar cambia, pero el lenguaje no se desmorona como la casa y el lugar de origen. La literatura, portadora de la cultura, le da continuidad a la vida de quien parece desintegrarse por el adiós. (Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar*)

⁷ Quizás solo las constelaciones simbólicas del arte y la literatura sepan deslizar el trabajo del recordar por los *huecos de la representación*, por las *fallas del discurso social y sus lapsus*; por todo lo que entrecorta la sintaxis ordenadora de las recapitulaciones oficiales con el *fuera-de-plano* de motivos trancos, de señales difusas y visiones trizadas. Le corresponde, creo, al arte y a la literatura, a la crítica cultural, recoger los vocabularios de lo *incompleto* y de lo *fisurado* para darles el espesor valorativo que les niega los saberes lineales –reconciliadores– de la totalidad y la síntesis. (Nelly Richard, *Crítica de la memoria*, Cuadernos de Literatura, p. 191)

⁸ El testimonio busca reinscribir la verdad en primera persona de una experiencia intransferible que, como tal, puede llegar a conmover el orden de razones y hechos a través del cual el archivo y la estadística clasifican, neutralmente, los abusos. El testimonio logra forzar la atención sobre algo que la historia a menudo rechaza como simple índice residual; un índice carente de la generalidad suficiente para ser portador de una verdad incontrovertible. El testimonio pone en escena una corporización biográfica que desvía el “idioma común” de referencia colectiva de la historia hacia lo singular-personal; el testimonio consigna el residuo de ese algo improcesable cuyo accidente subjetivo desvía el orden general de las verdades objetivas del recuento histórico (Nelly Richard, *Crítica de la memoria*, Cuadernos de Literatura, p. 192)

⁹ (...)La memoria se elabora de diversas formas: a veces mediante el quiebre de la estructura narrativa y el lenguaje, otras buscando que la trama muestre el “acontecimiento”, su intensidad, algunas siguiendo una

encargó de hacerme ver que, en este caso en particular, todo esto se dio por una fuerza, por un empujón que vino de atrás: la literatura como forma de resistencia a olvidar. Ese recuerdo que está en esta historia que recoge muchas historias.¹⁰ Ese recuerdo que es de todos. Ese recuerdo que cuando se cuenta se vuelve memoria, que se lee desde este presente, tal vez, con otro significado.

Las tantas preguntas y reflexiones que aparecieron en esta búsqueda las he tratado de tejer de la manera más sencilla para que hablen por sí solas.

La memoria del barrio y de sus habitantes y de algunos más que llegaron por casualidades, en los siguientes capítulos, toman un papel necesario y fundamental en la narrativa y en esa forma sencilla de tejer, pues al contar estos recuerdos se reconstruye y se completa ese gran acontecimiento que finalmente propone todo por sí solo.¹¹ Entonces, ¿qué hay de evidente en esto? ¿Se recuerda necesariamente para no olvidar? ¿Por qué se olvida? ¿Se olvida? ¿Se llega al olvido porque el recuerdo no se comparte? ¿Hay algo entre el olvido y el recuerdo? ¿La memoria?.

No sé con exactitud las respuestas a estas preguntas pero me encontré con ellas con una sensacional ingenuidad que, asimismo, permea toda la escritura. Supongo yo que lo que hay en la mitad del olvido y del recuerdo es el inconsciente que no quiere olvidar y los otros, que permiten

estructura literaria más tradicional pero con énfasis en el arrojio y las miserias de los protagonistas, que denotan su humanidad. (Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar*, p. 29)

¹⁰ Los testimonios literarios no cuentan la historia tal como la vivió el testigo. Nunca decimos lo que vemos ni vemos lo que decimos, ni escribimos lo que vemos y lo que decimos. Hay siempre una confrontación entre ver, decir y escribir, y la creación juega siempre en esos contrastes. (...) (Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar*, p. 29)

¹¹ ¿Cómo recordar y cómo escribir sobre aquello que se recuerda para que no sean desalojados de nuestro presente los múltiples significados del recuerdo? (Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar*, p. 29)

recordar.¹² Es como si lo uno no pudiera sin lo otro. Es como si lo uno no se dejara explicar sin lo otro.¹³

Y es eso mismo que está en la mitad lo que permite confrontar ese horror pasado que solo se ve en el presente, y que ese presente absorbe para volverlo memoria. Una memoria que deja ver el futuro. Un futuro ahí construido que ahora perdura.¹⁴ Porque ya se cuenta. Porque ya se narra.

Esta historia es un relato particular, de todos, que como todas las historias, dio vueltas entre tiempos, palabras, espacios, días, conceptos, hasta lograr tomar una forma precisa, que se dejara leer y dejara evidenciar lo que se propuso. Esta historia es la reconstrucción de todos esos recuerdos. “Esta es una especie de relato que se cuentan quienes lo están viviendo”.¹⁵

Desde el día uno, el día en que pisé Santa Marta por primera vez, se me hizo particularmente afable que todos nos mostramos dispuestos a una labor que no sabíamos cómo iba a terminar o si iba a terminar. Desde ese día, todos, sin saberlo, nos involucramos en ese contacto cotidiano con el pasado, con el presente, a un punto tal que hasta el territorio, el barrio, se volvió esa tierra prodigiosa y estratégica que ahora extraño.

¹² Nuestros recuerdos siguen siendo colectivos, y son los demás quienes nos los recuerdan, a pesar de que se trata de hechos en los que hemos estado implicados nosotros solos, y objetos que hemos visto nosotros solos. (Maurice Halbwachs, *Memoria colectiva*, p. 26)

¹³ Según Benedict Anderson en *Comunidades imaginadas*, los eventos y personajes relacionados con esos episodios de gran violencia ubicados en un pasado remoto serían evocados en la historia de las naciones como algo que toda la nación debe recordar, solo para compartir el hecho de haber olvidado colectivamente. La no resolución de la dualidad olvido/recuerdo sustenta el discurso que define la comunidad nacional.

¹⁴ Theodor Adorno en *Educación para la emancipación* trae a colación un tema que debería tratarse más a profundidad y es cómo se abarca el horror, cómo se cuenta y para qué se cuenta. En esta cita lo explica perfecto: “Mediante su sofisticada cháchara existencialista el crítico quería sustraerse a la confrontación con el horror. Ahí radica, en medida nada desdeñable, el peligro de que el terror se repita, en mantenerlo lejos de nosotros y apartar con violencia a quien ose hablar del mismo, como si el culpable fuera él, por ser tan poco delicado, y no los autores.”

¹⁵ Marc Augé en *Las formas del olvido*

Don Cristo, don Félix, doña Irene, Mariana y yo¹⁶ durante estos encuentros, estas charlas, nos dimos cuenta de que uno de los sentidos de escribir sobre estos temas¹⁷, es contar que aunque se haya vivido semejantes cosas en el pasado, y que ese pasado se haya encargado de ponerlos en donde están ahora, siguen ahí, seguimos, tratando de construir con él, por él y a partir de él. Pero eso no significa resignarse; hay que procurar darle un nuevo significado que, por lo menos, ayude a que todos los días den ganas de sostenerlo.

No pensé en encontrarme con estos personajes ni con estas historias ni con esta historia; me los encontré de sorpresa. Me encontré de sorpresa. Ellos se encargaron de guiarme por este camino que a veces vi rascoso. Se encargaron de hacer ver, de hacerme ver, que aunque ahora están unidos por otra cosa más que no es el gusto propio, cada uno sigue en la labor de construir esa unión de una manera tal que sea menos tormentosa aceptarla.

Me dieron ánimo. Aliento.

¹⁶ Las técnicas narrativas y las propuestas de cada uno de estos testimonios son distintas: esta práctica discursiva asume las formas más variadas colaborando, cada uno a su manera, al proceso de transmisión. (...) Desde lo periodístico hasta lo literario. Desde lo testimonial ‘en sí’ (no consciente de sí más que como denuncia) hasta de lo testimonial ‘para sí’ (consciente de sí en función práctica y narrativa). El testimonio puede combinar autobiografía, épica, novela documental, crónica y memorias. Su finalidad es desenmascarar procesos históricos devastadores que se ocultan sistemáticamente y que el testigo pone en la escena en la página impresa, a la manera de un relato de la memoria. (Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar*, p. 32)

¹⁷ Al proceder al estudio del relato, damos prioridad a un enfoque a partir del cual analizamos las modalidades de exploración y explotación de la vida a través del relato, pero dejamos de lado de manera deliberada las modalidades por las cuales la propia vida, individual y colectiva, se construye como ficción en sentido amplio (no como ficción antónima de la verdad del relato supuestamente ‘verdadero’ de los historiadores, sino como narración, como guión que obedece a un cierto número de reglas formales) (Marc Augé, *Las formas del olvido*, p. 41)

Esta, creo yo, es mi forma de pronunciar las palabras que alguien alguna vez lloró, gritó. Es la imposibilidad de salir de la guerra para reinsertarse en la vida cotidiana no más que en silencio. Es el peso de los muertos, de los vivos que cargan a los muertos, de los vivos que cargan a los vivos. Es el peso que no debería nadie cargar. Que nadie carga. Es el grito de socorro de no querer volver a un mundo atroz. Es una forma de resolver lo ineludible para unos. Es de donde me agarro para gritar también que hay que intentar todo para evitar que vuelva lo salvaje. Es lo insostenible. Es lo quebrado. Lo insalvable que separa un hoy de aquellos tiempos turbios que no dejaban ver ni el aire. Es mi corazón con ellos, los que están siempre en el medio. Es la forma que me inventé para sobrellevar la presencia de los que están ausentes. Es mi acompañamiento. Es mi política. Es mi huella. Son mis hombros. Es la paz que quiero para mí, para ellos, para mis hijos y sus hijos, para los hijos de mis hijos y sus hijos, y para los que vengan después. Esta, creo yo, es la forma de apropiarme de esa voz que no quería nombrar lo innombrable. Esta, creo yo, es mi rebelión.

*Entender la mente de un hombre común es infinitamente más arduo
que comprender la mente de Spinoza o de Dante.*
Giorgio Agamben

Hacia adentro

Je est un autre
Rimbaud

1

Todo tiene un principio.

Al barrio El Recuerdo y Santa Marta, en la localidad sur de Ciudad Bolívar, llegué un domingo 14 de febrero a eso de las 10:30 a.m. Unas horas antes de subir ese primer día me inventé un montón de excusas. Tenía miedo, miedo de lo que había imaginado que podía ser ese recorrido, miedo de lo que había imaginado del barrio, miedo de mí y del barrio. Hice todo lo que estuvo a mi alcance para no subir: salí tarde, me repetí una y otra vez que había quedado de llegar a las 8:00 a.m. y eran las 8:00 a.m. y no había salido de mi casa; salí tarde, dejé el celular conectado, llegué a la estación de Transmilenio de la Calle 45 y me devolví porque la niña que me atendió me dijo que el bus se demoraba 40 minutos en llegar; me devolví y salí mucho más tarde, llamé al grupo de amigos que me estaba esperando en el Portal Tunal para subir juntos, entonces, de la manera más cínica, les dije que me era imposible llegar en menos de una hora, que no alcanzaba, que se fueran sin mí; salí tarde después de llamarlos. Corrí.

El T11, un bus azul del SITP. El T11 que sube hasta allá iba repleto de gente. Usualmente va repleto de gente. Lo agarré en la esquina de la salida del Portal Tunal y me condujo primero por la autopista y después por un desvío que da hacia una calle más estrecha, que es el inicio de la subida hacia los barrios de por ahí. Tiendas, tiendas de solo cerveza, peluquerías especializadas en cortes particulares, panaderías, mercados, mini mercados, billares, pulgas, gente, demasiada gente, gente caminando, carros vendiendo ropa, carros vendiendo comida, en la medida en que el bus sube todo esto desaparece; todo desaparece. Todo, hasta llegar al corazón de la loma. Semanas después esta subida dejó de ser extraña para mí. Me aprendí el recorrido con los ojos cerrados y dejé de mirar por la ventana con tanto asombro.

El corazón de la loma, que es en donde parquean algunos buses que no se quedan más de 20 minutos, que queda diagonal a la panadería en donde el pan todavía cuesta \$200 pesos, que es la entrada a los barrios, es el pequeño desierto que se ve al bajarse del bus. Un pequeño desierto que tiene a su lado un pastizal verde muy verde que algunas veces está limpio. Los barrios de por ahí, como El Recuerdo y Santa Marta, por estar casi en la cima, son un territorio de nadie, de nadie pero de todos. Durante los últimos años han impuesto sus propias reglas y operan bajo las mismas, poco a poco, para poder sobrevivir. Es un territorio que se ha dividido bajo palabra, un territorio que tiene límites invisibles, un territorio en donde a veces llegan fundaciones, organizaciones no gubernamentales a proponer proyectos que toma tiempo llevar a cabo. Un territorio golpeado. Un territorio de nadie pero de todos.

De la cafetería a los barrios hay una subida más larga de lo que parece. Hay dos formas de llegar a los barrios: una que es caminar hacia la izquierda en la mitad de la subida y la otra es seguir derecho. Yo siempre sigo derecho porque las veces que intenté irme por el camino izquierdo en la mitad de la subida me perdí. De El Recuerdo a Santa Marta hay un paso o dos. Aunque parezcan ser el mismo barrio, cada líder comunitario conoce los límites y los habitantes conocen muy bien en dónde empieza y en dónde termina cada uno.¹⁸ Hay más de 12 barrios que

¹⁸ Se me hizo imposible no asociar lo que Benedict Anderson propone como definición de nación y la forma de ver desde arriba al barrio. Anderson propone la nación de la siguiente manera: una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. En este caso, el barrio Santa Marta se reemplaza por esa definición de nación de Anderson y se define de la misma manera. Es imaginada porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión(...). Se imagina limitada porque incluso la mayor de ellas, que alberga tal vez a mil millones de seres humanos vivos, tiene fronteras finitas, sino elásticas más allá de las cuales se encuentran otras naciones(...). Se imagina como comunidad porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal. (Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, pp. 23-25). Lo traigo a colación aquí, puntualmente, porque hasta en una cosa tan sencilla como es la conformación de un barrio, la sensación de Anderson está presente.

componen la comuna; yo anduve entre El Recuerdo y Santa Marta y el que conocí a fondo fue Santa Marta.

Poco a poco comprendí cómo era la cosa. La gran mayoría son familias desplazadas de la violencia: desplazados, ex paramilitares, ex guerrilleros. Don Cristo afirma que cada vez va llegando más y más gente, gente que llega para quedarse. A veces es el conocido del conocido, a veces el extraño. A veces el terreno está comprado desde hace unos años y de repente llega una familia con papeles en mano a habitarlo. El que llega y quiere emprender lentamente la labor de construir su hogar y formar parte del barrio tiene que pasar por la oficina de Jason.

Jason es el tesorero de los barrios Santa Marta y El Recuerdo. Jason tiene 27 años y su familia llegó al barrio hace más de dos décadas. Dice que nació allí, que no tiene recuerdo de otro lugar. Jason conoce ese lugar más que cualquier otro; Jason jugó en ese potrero cuando no había más de cinco casas. Jason conoce las trochas con los ojos cerrados; conoce al de la panadería, al de los minutos, a la de las empanadas, a la del tinto con panela. Por ser el primogénito le correspondió la conmovedora labor de encargarse, de alguna manera, de su gran familia el barrio, de organizar lo que ningún otro había tenido los cojones de organizar. Y es así porque a su oficina, una pequeña casa de madera, de cuatro paredes, una silla, una mesa con un computador, un poco de plástico en las ventanas y una puerta rígida, llega todo aquel que no conoce el barrio; aquel que él no conoce. Llega el que quiere comprar un pedazo de tierra, el que necesita los planos del pedazo de tierra que acaba de comprar; también llega el que quiere quejarse porque le están cobrando algo de más, llega el que amenaza, el que le dice que si no hace lo que le piden lo entierra vivo allá donde se sabe. Llega el matón.

Todo esto lo supe el segundo día. Lo supe porque ese segundo día que fui me encontré con la asamblea que se hace cada quince días. La asamblea en donde se reúne todo el barrio, en donde habla el líder, el tesorero y por supuesto el barrio; en donde hacen preguntas, donde se responden

y a la vez se quejan, donde toman tinto al comienzo y empanada al final. Es la asamblea que se hace en la casa paz. Ese día era el día quince y el segundo para mí. Ese día me senté a oír lo que tenían por decir. Don Cristo me acompañó, Don Cristo habla costeño no tan costeño, como un costeño que vive en el interior, mejor dicho. Don Cristo es el líder comunitario del barrio Santa Marta. Moreno, delgado, de mirada tímida tras unas gafas sin marco. Don Cristo fue elegido por medio del voto hace 12 años, en una de esas asambleas a las que asistí.

A don Cristo fue el primero a quien le expliqué que había venido hasta Santa Marta a conocer y a buscar a las víctimas de la guerra y la violencia en Colombia, a escuchar sus testimonios; le conté que venía en busca de una historia. Una historia que me correspondía a mí, en ese momento de la vida, contar. Le conté que pensaba en una historia que hablara sobre el dolor, sobre el duelo, sobre la guerra, sobre la violencia, sobre las víctimas y sobre paz. Sobre todo a la vez.

Don Cristo Rivera tiene 52 años y es desplazado del conflicto armado en Ayapel, Córdoba.

Acabada la asamblea le pedí a don Cristo que me llevara a caminar por el barrio. Eran las 12 y 15 del medio día y el sol se estaba poniendo cada vez más caliente, cada vez más en la piel. El hombre no tuvo problema en caminar conmigo un rato por las trochas, responder mis preguntas, y después volver a la casa de paz para contarme el principio de todo. Casi como un secreto que solo se podía revelar ahí.

Santa Marta es un barrio de 27 casas, que dan hacia la loma; es un barrio en donde el viento llega más frío y así se devuelve, en donde la llovizna fina los levanta y los acuesta. Santa Marta es un barrio en donde no existen las clases sociales, en donde las categorías de desplazado, paramilitar o guerrillero no hacen parte de su convivir, de su hablar. Santa Marta es un barrio de dos hectáreas construido con las uñas, con palas, machetes, botas pantaneras, con sol, lluvia, viento, rabia, risa, dolor, con amistad.

En esa caminata conocí el sector. Se divisan, de abajo para arriba, pequeños edificios y casas y casas a medio hacer, comunas, trochas amplias por donde de vez en cuando se ven camionetas grandes llegar a algún lugar y trochas más delgadas, por donde transitan los de por ahí; nosotros.

Caminando por las trochas me encontré con la casa de don Cristo. Una casa hecha de lata, algunos palos de madera y plástico. Una casa de dos puertas, dos puertas que pueden ser el frente de la casa dependiendo del lugar del barrio de donde se venga. Si viene de la casa de paz la principal sería la de madera; si viene de El Recuerdo, sería la de madera más desgastada, que permanece abierta y la simula un plástico negro. Por esta entrada, que es un poco más amplia que la otra, antes de entrar, paralelo al escalón de tierra, hay cultivos de cilantro, perejil, algunas hierbas que se toma doña Ana, la doña de la casa, y flores. Una casa sin mucho más que lo necesario: una cama, un televisor, una pequeña estufa conectada a una pimpina de gas y una biblioteca de plástico blanco con algunos libros de Marx, libros para niños y la biblia.

Si algo entendí ese día es que en Ciudad Bolívar, cada barrio es responsabilidad de cada uno de sus habitantes, de sus líderes, por lo menos, los de más arriba que yo conocí lo sostienen. Entendí que hay de todas las razas, de todas las culturas, lugares, mentalidades, de todos los bandos cuyos nombres han atemorizado a los 48,747,632 colombianos. En Ciudad Bolívar, en esa comuna de arriba, el 52% de la población es desplazada de la violencia colombiana, según la fundación TECHO para mi país.

Don Cristo se montó en su papel a la perfección. Hace 12 años su propuesta fue construir una modesta casa de ladrillo, que es la actual casa de paz, en la cual hoy en día se enseña sobre cómo construir la paz, cómo vivirla, sobre cómo la educación es fundamental para lograrla. Sobre cómo, aunque el pasado se presiente y, por supuesto, la muerte, es más fácil llegar a ella juntos, como una comunidad, que por separado.

Por los días que conocí a don Cristo y a su familia, otros habitantes del barrio me recibieron también en sus casas, como don Félix, que vive a dos casas de Cristo, que tiene 62 años y es desplazado del conflicto armado en Dabeiba, Urabá, Antioquia. Al enterarse de por qué tanta insistencia mía en estar con ellos esos meses, soltó la lengua más que otros, me contó que estuvo dos veces en la cárcel, dos veces que suman 20 años por pagar cuentas que no le correspondían y por buscar vengar a su hermano. Me contó que en silencio conoce a casi todos los del barrio.

También conocí a la doña, doña Irene. La doña es muy amiga de don Cristo. Don Cristo le dio la mano desde que llegó a Santa Marta y ha sido como una hermana para él. Don Cristo le contó a la doña por qué la busqué. La doña supo que quería preguntarle por sus recuerdos y al principio se negó a hablar. No quiso; no pude yo tampoco. Meses después ella se me acercó muy tímida a invitarme a su casa a tejer. No fue fácil la conversación, no con la *facilidad* de otros. Tenía el dolor incrustado y seco muy adentro de su cuerpo, uno de esos dolores oxidados, pesados, de los que no se puede ni mover¹⁹. La doña tiene 65 años y logró contarme algo de sus recuerdos. Recuerdos de cuando tenía 4 años. Recuerdos de cuando le tocó huir de Icononzo, su pueblo, a pie, con trapos en la boca para que ni siquiera su respiración se alcanzara a oír. La doña es desplazada de las dos guerras que por 52 años ha desmembrado a Colombia.

Don Cristo camina el barrio tranquilo porque es de él, yo hasta ahora me estaba acostumbrando a la idea de caminar con el líder comunitario del barrio Santa Marta en la localidad del sur de

¹⁹ Para que un recuerdo de este tipo pueda manifestar su verdad, tiene que darle su lugar a memorias que irrumpen en desorden con discontinuidades, blancos y silencios. Las imágenes pueden ser de olores y de sonidos, las escenas pueden aparecer y desaparecer como en un sueño, las conexiones con la vida cotidiana pueden faltar. (...)El sobreviviente intenta establecer puentes entre el aquí y el allá, a través del relato de lo que no puede recuperarse a nivel teórico sino vivencial. Quizás la voz poética sea, por esta razón, la más apta para transmitir las huellas de la tortura, que incluye la reclusión, el maltrato, y la liberación a un mundo al que raramente le interesa registrar este tipo de discurso (Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar*, p. 12)

Ciudad Bolívar. Don Cristo conoce cada una de las casas y a cada uno de las que la habitan, conoce las calles, conoce sus límites.

En el camino de vuelta a la casa de paz, Don Cristo insistió en que nadie más como él conoce la historia de lo que ahora es el barrio; que no hay nadie como él que entienda la casa paz. Que ha hecho todo lo posible porque cada uno del barrio viva mejor de lo que esperaba, por proponer las mejores ideas de cómo tener agua siempre, de cómo tener un poco de luz, de gas, de cómo educar a los jóvenes, de cómo trabajar. Don Cristo ha hecho todo lo posible por mantener la paz, por construir la paz en su barrio. Y que esta casa, una casa de 4 paredes de ladrillo, que hoy en día está más alta que la primera vez que la conocí, ha sido fundamental para lograrlo.

La casa de paz es un laboratorio de paz, así me dijo. Es un lugar que solo se usa para objetivos claros, como las asambleas. Las asambleas son por donde se empieza la construcción de la familia del barrio Santa Marta. Cada uno de ellos está allí hace más de 20 años y desde entonces la guerra ya había hecho lo suyo: los sacó de sus tierras y les advirtió que jamás iban a poder volver. Si bien la guerra los arrastró hacia el límite, los sacó de la comodidad más preciada que es el hogar, los vulneró y los dejó en la mitad de un vacío abismal que se tragó a la mayoría de ellos; si bien ya son víctimas, si bien sus pueblos ya están desolados, sin ellos, sin cada uno; si bien ya viven en casas armadas con lata, plástico, ladrillos, ruido; si bien ya están en la periferia de la ciudad, si bien llevan más de 20 años tratando de construir su vida en una monstruosa Bogotá que, en mi cabeza, se los come día a día; si bien todo esto y un montón de cosas más, la casa de paz ha tenido que volver a oír todo de principio a fin. Al derecho y al revés. Ahora, esa casa, la de ladrillo y cemento, carga en sus paredes los peores recuerdos de los habitantes del barrio. En la casa de paz, entre todos, de alguna manera, lograron encontrar la forma de construir a partir de esos hechos y justificar su propia supervivencia.²⁰

²⁰ Lo que no se tiene en cuenta es que el testimonio no es un medio destinado a proveer información y conocimiento basado en hechos, aunque pueda hacerlo en ciertas circunstancias; su papel, más bien, es documentar ciertos aspectos de la mente humana (Levi, 1961:5) que se desarrollan cuando los individuos

Para llegar a la casa de paz hay que cruzar por El Recuerdo y por Santa Marta, casi todo Santa Marta. Al llegar otra vez ahí, don Cristo me contó con repentina calma que después de construir la casa y comenzar a ejercer los propósitos por los cuales se construyó, el barrio había mejorado, en todo el sentido de la palabra, notablemente. Que no había homicidios, que el robo había disminuido considerablemente, que cada quien logró hacerse cargo de su casa y de la distribución equitativa de los servicios, que se entendían más como una familia que trataba de solucionar las cosas de la mano que como un individuo separado del otro. Que a pesar del pasado de cada uno, las historias ya no hacen parte de uno solo sino de todos, que algunos habían logrado sanar sus heridas, que otros lograron disculparse. Como dijo al principio de su discurso: se ha construido la paz, se ha vivido y se ha enseñado.

“Desde que se construyó la casa, los habitantes del barrio cada quince días nos reunimos a hablar sobre temas pequeños y sobre temas grandes. Los pequeños son, por ejemplo, que hay familias que se quedan sin agua entonces hay que buscar una solución para darles. Que no son temas tan pequeños a la hora de la verdad. Y temas grandes, que son de los que se habla cuando alguien nuevo llega. Temas como de dónde viene cada uno y por qué. Aquí todos conocemos lo de todos pero no para meternos en la vida del otro, sino para sanar. Digo para sanar porque una vez se habla de eso ya no se vuelve a mencionar el tema, se olvida²¹; ese pasado queda atrás y cada quien empieza a construir su vida como integrante del barrio Santa Marta. Sea quien sea.”

son excluidos de la sociedad para que el poder soberano pueda afirmarse. (Nora Strejilevich, *El arte de olvidar*, p. 11)

²¹ Se tiene la voluntad de liberarse del pasado: con razón, porque bajo su sombra no es posible vivir, y porque cuando la culpa y al violencia solo pueden ser pagadas con nueva culpa y nueva violencia, el terror no tiene fin; sin razón, porque el pasado del que querría huir aún está sumamente vivo. (Theodor Adorno, *Educación para la emancipación*, p. 15)

“Hemos oído historias de desplazados, de ex paramilitares, de ex guerrilleros. Hemos oído confesiones, crímenes. Llantos. Hemos oído el perdón de la boca de muchos que no habían querido perdonar. Nos hemos oído a nosotros mismos. A los nuestros. Por eso es tan importante la casa de paz. Aunque también en cada uno reposa la facultad de hacer que todo salga mejor, la casa de paz tiene las herramientas para, de cierto modo, empezar con buenos pasos y sanar las heridas de cada uno de nosotros.”

“La primera vez, cuando se construyó, me senté con las primeras familias, que son algunas de los que están todavía acá, a conversar sobre nuestras vidas, porque no es secreto para nadie que el 99% de los que llegan acá tienen una historia para contar, y casi nunca es buena. No es secreto que ese mismo 99% somos víctimas. Pero aquí estamos.”

2

Dos semanas antes de subir a Santa Marta conocí a Mariana. Mariana tiene 20 años. De ojos grandes, crespa, tímida pero con una mirada intensa. En el primer T11 en que nos montamos le conté que iba en busca de una historia, una historia que todavía no sabía cuál iba a ser. Una historia sobre el dolor, sobre el otro, sobre la guerra, sobre las víctimas. Una historia que contara sobre un dolor mucho más grande que el mío, que el que podía ser mío. Se interesó por la historia y desde el día uno, entre tantos T11, gente, charlas, Mariana y yo construimos una amistad. Apenas veíamos el corazón de la loma se nos saltaban las palabras de la boca; charlamos de cosas, de la vida, del amor, del desamor, eran charlas a modo de preludeo al barrio. Mariana me acompañó a las primeras asambleas, conoció el barrio y las historias conmigo.

Allí siempre estuvo ella, en el T11 en el puesto de al lado, en la caminata desde la cafetería hasta el barrio, en el barrio. De abajo a arriba, de arriba abajo. Con frío, con lluvia. En el bus de bajada. Allí mismo nos cruzamos unos 4 meses, desde el 13 de febrero de 2016.

Un día a principios de mayo llegamos temprano a Santa Marta, teníamos una cita con don Cristo. Ese día don Cristo estaba listo para responder el montón de preguntas que teníamos en la cabeza, en el cuaderno de notas, en el celular. Nos bajamos del bus camino a la cafetería a comprar pan, agua y algunos dulces. Emprendimos la subida y caminamos hasta que se desapareció el pavimento. Bajamos a Santa Marta, tocamos en la casa de don Cristo, saludamos a su familia y, casi como un ritual, caminamos hacia la casa de paz.

(...)

Muy calladas comimos galletas, dibujamos la sensación que nos quedó y reposamos debajo del sol. Ese día salimos de la casa de paz con un alboroto mental inefable, caminamos hacia la casa de don Cristo, nos despedimos y luego cogimos el camino de regreso. De las trochas del barrio a la carretera, mientras nos acercamos a la bajada obligatoria que hay que tomar si se viene por ese

lado del barrio, Mariana me contó que solo vive con su mamá y con su hermano porque a su papá lo desapareció la violencia en el 2001.

3

Se hizo tarde y le dije a don Cristo que debía irme. Don Cristo me acompañó hasta la última casa. A la salida de ese segundo día en donde pasó casi todo, un segundo día que tenía uno primero, hicimos una parada con don Cristo en la casa de don Félix. Félix me saludó muy amablemente. Y para cerciorarme de que venía a buscar estas historias en representación de mí misma²² lo saludé de vuelta, le dije que tenía unas preguntas por hacerle y que estaba muy agradecida de que pudiera contarme sus recuerdos.

(...)

Después de pensarlo varias semanas, el domingo 5 de junio cogí algunas cosas y tomé la decisión de subir por unos días a Santa Marta. Llegué bajo un cielo repleto de nubes que cubrían el sol de las 9 a.m. Llegué temprano para arreglar y ampliar la trocha principal del barrio, pensé cuando me encontré a don Cristo con botas pantaneras, palas y guantes en la mitad del camino principal. De buen ánimo nos saludamos y me contó que tenía pensado hacer algunos arreglos en el barrio, además de ponerle unos ladrillos de más a la casa de paz. Apresuramos el paso y tras un largo silencio doblamos a la izquierda, antes de llegar a donde estaban los muchachos trabajando en los arreglos. Apenas unos pasos y nos detuvimos en frente de una casa. “Esta es la casa de don Félix, me dijo que pasáramos hoy porque se va a visitar unos días a su hijo. Le quiere contar su historia. Usted hacía días le dijo que hablaran pero él después tuvo que salir.”

De los que más me simpatizó del barrio fue Félix. Don Cristo tocó la puerta y lo llamó por su nombre; el hombre abrió y allí estuvimos ese día, en su casa, con su esposa y su guitarra, detrás de una cerca de madera y alambre de púas.

²² En ese momento, cuando saludé a don Felix, todavía tenía la cabeza un poco desubicada. No entendía muy bien para donde iba toda esta historia, aunque tuviera preguntas y muchas propuestas en mi cabeza. Entonces, al acercarme a él, para dejar de sentir desasosiego y un poco de miedo, esta vez, me repetí a mí misma que yo venía solo por mí, y por mi historia.

“Sabe que... varias personas a veces llegan acá interesados en saber cómo vivimos, qué pensamos, todos con preguntas y con ganas de hablar con uno. Pero a veces ni siquiera hay confianza ni pa saludar. Salir de la guerra para enfrentarse a otra... a esta... Uno aquí sabe quién es quién. Le voy a contar y responder todas sus preguntas con toda la confianza porque usted así nos habla, con confianza. Su historia me hace pensar que al menos uno no nos ha olvidado.”²³

²³ (...)me parece, más bien quien sale de un *campo* siente la necesidad de testimoniar para sobrevivir, dar testimonio es una forma de confrontar el horror otorgándole sentido no al pasado sino al presente. Los testigos tienen que encontrar las palabras justas para dar cuenta de un universo que parece irreal pero a la vez es más nítido que cualquier presente(...). Mediante este esfuerzo pueden reubicarse en el tiempo y en el espacio de la sociedad, logrando que el pasado quede como pasado en lugar de permanecer como un presente persecutorio. Esta labor, si bien se plantea como requisito para recuperar la propia identidad, sirve de hecho para impulsar el acto de contar. (Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar*, p. 15)

4

El tercer día de mi estadía en Santa Marta en la casa de don Cristo y su familia, muy temprano en la mañana, después de ver el cilantro y las flores, nos sentamos a tomar café a las 7 a.m. Entre charlas de cultivos de flores que quitan los males, de las brujas que viven en el campo, le pregunté que si conocía alguna mujer del barrio que estuviera dispuesta a hablar conmigo sobre su desplazamiento de la guerra. Enseguida del último sorbo de café, casi en secreto, me habló de doña Irene. “Doña Irene vive cerca de acá, a un par de casas, pero ella es muy reservada con sus cosas. Desde que llegó hace algunos años no se ha podido acoplar muy bien al barrio, todos le hemos tendido la mano; parece que sigue con muchos problemas.”

-Si se la encuentra... ¿le podría contar sobre mí? ¿Usted podría hablar con ella?, le dije.

Asintió con la cabeza. Sin más, al siguiente día yo salí de la casa de don Cristo y le agradecí por la hospitalidad, por ayudarme a encontrar las historias, por guiarme. Durante esos cuatro días por bocas de unos escuché algunas de las historias de terror más tormentosas que he oído en mi corta vida. Por otras bocas, por las bocas de los implicados, de los atormentados, oí el resto.

El domingo de esa semana llegué a Santa Marta a eso de las 10 a.m. Llamé a don Cristo antes para decirle que me esperara en la casa de paz, que traía unas cosas para él y su familia. Recorrí el camino de siempre hasta la casa de paz. Cuando llegué, don Cristo y doña Irene estaban sentados esperándome. Yo a la doña la había visto un par de veces en las asambleas, me la crucé con don Cristo caminando por el barrio pero nunca hablamos más palabras que un saludo. Ese día, sonriente, me invitó a su casa a tejer. Dijo que sabía tejer y que don Cristo le había comentado que yo quería aprender pero que Ana, su esposa, no había estado bien de salud para darme algunas clases. Que era bienvenida y que le daba gusto recibirme en su casa.

Doña Irene y yo caminamos hacia allá. En medio de un escalón de tierra, de bajada hacia su casa, se sostuvo de mi brazo y entre los dientes dijo “esto aquí sigue siendo muy complicado para mí”.

5

Tuve que visitar muchas veces la comuna del barrio Santa Marta y dormir allí cuatro días para que entre don Cristo y el barrio me dieran una lección de vida. Para entender con mis propios ojos cómo funcionan realmente las cosas.

Meses en los que conocí el último límite de Santa Marta, lo caminé entero, de arriba abajo, de abajo a arriba. Una subida empinada. En donde asistí a la mayoría de asambleas para conocerlos a todos, escuchar sus comentarios, quejas, entender cómo viven. Meses en los que comí empanada y tinto de doña Leidy. Meses en donde me aferré a un cuaderno de notas en donde escribí hasta el pensamiento más nimio. La señora Bárbara que alguna vez fue a tejer conmigo a la casa de doña Irene tiene tres hijos pequeños que todos los domingos tocan en la casa de don Cristo para usar los libros de colorear que tiene en su pequeña biblioteca. Algunos niños del barrio saben leer y escribir. La gran mayoría de los habitantes de Santa Marta bajan a Bogotá a trabajar; algunos, por ser víctimas desplazadas de la violencia les cierran las puertas; a otros, después de trabajar varias semanas simplemente los sacan diciendo que ya no necesitan más de sus servicios. Casi todos los días el señor de la mina los amenaza con el desalojo. El primer día que dormí en el barrio la familia a dos casas más arriba de la casa de paz se quedó sin agua y a media noche don Cristo y yo los ayudamos a traer potes de agua del barrio más cercano. Cada tres o cuatro días alguna familia se trasnocha para recoger agua en otro barrio. El sonido incesante del viento trasnocha mucho. En la madrugada hace un frío inclemente. Don Cristo se levanta a las 4 a.m. con su esposa; juntos hacen una oración a Dios y empiezan el día como si fuera el último. Visita el cilantro que está naciendo y después se pone a trabajar en la casa de paz. Después de las 7 p.m. no se ve nada en el piso, las trochas no se pueden transitar a menos que sea alguien que conozca el barrio con los ojos cerrados. Tengo buena retentiva. A las 8 p.m. están durmiendo. Hace dos noches unos niños de un barrio cerca entraron a una casa en Santa Marta a robarse un televisor. En el barrio no permiten drogadictos ni ladrones ni indigentes. Santa Marta es muy seguro aunque nadie se confía; don Cristo dice que la libertad y la seguridad del barrio no deben oler a muerte ni a miedo. La limpieza social aquí es muy delicada, es un

tema serio, hay una línea delgada entre seguridad y delincuencia que se borra cuando la ejercen entes particulares. “No se sabe qué es peor, si el remedio o la enfermedad”.

Haber ido durante casi 4 meses a Santa Marta, dormir en la casa de don Cristo, compartir con doña Irene un par de días, con don Félix y su esposa risas y dichos y chistes me dio pie para tocar el tema del pasado con cada uno. Esta vez, cuando toqué el tema, se sintió que bajaron los hombros, que descargaron el pasado que llevaron siempre puesto y lo dejaron ahí, como una maleta, para que yo lo cogiera. En cada rostro, a su manera, en sus respectivos momentos, se dibujaron esos hechos inimaginables, “unos hechos tan reales que, en comparación con ellos, nada es igual de verdadero; una realidad tal que excede necesariamente sus elementos factuales(...)”²⁴.

Desde entonces, me convertí en un testigo más de su dolor.²⁵

²⁴ Giorgio Agamben en *Lo que queda de Auschwitz*

²⁵ El testimonio del trauma, por lo tanto, incluye al oyente, quien es, de alguna manera, la página en blanco donde se inscribe el evento por primera vez. Si este fenómeno se produce en el testimonio oral, en el escrito la página en blanco es, textualmente, el espacio donde el evento se inscribe por primera vez y la memoria actúa creando un texto donde elabora su horizonte desde la subjetividad, o donde el narrador la reescribe para que esta recupere su estatuto. (Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar*, p. 17)

*El que asume la carga de testimoniar por ellos
sabe que tiene que dar testimonio de la imposibilidad de testimoniar*
Giorgio Agamben

Del dolor

*La forma de contar en este caso
suele parecerse a la tarea de juntar fragmentos,
ruinas que pueden, en su superposición y organización,
producir algún sentido.*

Nora Strejilevich, El arte de no olvidar

Don Cristo

Don Cristo añora volver a su pueblo, volver a caminar por esas hectáreas de cultivo que tenía junto a su familia en Ayapel, Córdoba. Me contó con un aire de seguridad que sembró arroz, maíz, plátano, que cultivó hierbas. Hierbas de todo tipo, “hasta para curar el mal de amor”, me dijo una vez como chiste, días después de contarle que el amor me había roto el corazón.

Me contó que regaba el arroz en abril y lo recogía en agosto, que el maíz duraba cinco meses para sacarlo tierno o seis para sacar mazorca. Este tipo, al que parecía que no le pasaban los años, 64 días después de conocerlo, de charlar con un tinto en la mano sobre el conflicto armado en Colombia, sobre el actual presidente de la república Juan Manuel Santos, sobre los otros presidentes, sobre los alcaldes, sobre Bogotá, sobre Ciudad Bolívar, sobre su barrio, sobre los libros que le gusta leer, sobre la educación, sobre la vida, de solo charlar y quejarnos un poco del clima, me contó que, finalmente, el día menos esperado le tocó dejar sus tierras porque la violencia le había dado la cara.

Yo no me lo esperaba, o tal vez sí, sin embargo no así, en una conversación cualquiera, o tal vez sí. Tal vez por eso siempre tengo conversaciones cualquiera, me dije segundos después.

Ese día caminé 23 minutos de la parada de bus hasta el barrio, después hasta su casa. Ese día no compré pan, preciso, iba cargada de un montón de cosas. Cosas que me pareció dejar. Llevé para

don Cristo y sus hijos algunos sacos de regalo que había sacado de mi closet y del closet de mi hermano, que extrañamente ninguno usaba. Sin darme cuenta de la casualidad, haberle dado los sacos antes de hablar sobre toda su historia, sin que yo supiera que eso iba a ocurrir y seguramente él tampoco, ahora, es un gesto que por siempre estará cargado de un tinte simbólico de confianza.

“En el 2000 nos movimos de pueblo, a uno diferente al nuestro, a una finca que era propiedad de la familia de mi esposa; allí conocimos a la guerrilla y a los paramilitares y el conflicto que había entre ellos. Aunque lo que realmente había entre ellos éramos nosotros, los campesinos. Yo salí de Ayapel sin saber, entonces, casi tres años después me tocó volver. Regresando pensamos que allá todo iba a estar bien, que íbamos a estar seguros; pero volver fue peor. Se nos había adelantado la violencia y además con bandos que no conocíamos, como las Águilas Negras y Los Paisas.”

A Cristo Rivera, el hombre tranquilo y sonriente que había conocido, le cambió el rostro en segundos. Estábamos parados en la casa de paz, la casa de paz que ha oído todo. La casa de paz que no dice nada, la casa de paz que perdona, que olvida. No se movió de su sitio, no movió sus pies. Me contó la historia mirando un punto fijo, algo que estaba muy lejos de ahí, que estaba en las montañas, en el cielo, en las nubes, Dios; fue como si hubiera tratado de reconstruir los hechos, con detalles, de lo lejano que parecía ese día obviando que se sentía como si fuera ayer.²⁶

“Entonces comenzaron a morir los vecinos, los amigos, los conocidos; no podíamos salir a pescar, los cultivos se estaban dañando. Todo por miedo. Ya no podíamos caminar como antes. Yo lideré a los campesinos de esa zona, proponía que se hicieran tales y tales cosas. Para esos días la propuesta fue que la poca plata que nos entrara la usáramos para la educación del pueblo.

²⁶ El pasado, para decirlo de algún modo, *se hace presente*. Y el recuerdo necesita del presente porque, como lo señaló Deleuze a propósito de Bergson, el tiempo *propio* del recuerdo es el presente: es decir, el único tiempo *apropiado* para recordar y, también, el tiempo del cual el recuerdo se apodera, haciéndolo *propio*. (Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado: Cultura de la memoria y tiempo subjetivo*, p. 10)

Eso fue en el 2008. Ese año mi esposa vino a Bogotá de visita, yo me quedé en el pueblo con mis hijos. Y ahí nos tocaron la puerta.”

“Lo que querían era que les diéramos la plata que recogíamos más la que no teníamos, la querían toda. Yo me opuse, ¿cómo así?. Empecé a recibir amenazas, cada vez peores. Hasta que un día me dijeron que si no me iba nos mataban a todos, a cada uno de mi familia. Por defender el patrimonio ajeno me tocó dejar el mío. Y me vine a Bogotá, no sin menos miedo.”

Se entrecortó un poco su voz. Yo lo miré fijamente a ver si lograba traspasar esos recuerdos.

*No debiera arrancarse a la gente su tierra o país, no a la fuerza.
La gente queda dolorida, la tierra queda dolorida.
Nacemos y nos cortan el cordón umbilical. Nos destierra y
nadie nos corta la memoria, la lengua, los calores. Tenemos que
aprender a vivir como el clavel del aire, propiamente del aire.*
Juan Gelman, Bajo la lluvia ajena, XVI

“Llegar aquí también se sintió como la muerte. Aquí nos olvidaron. Aquí no nos han dejado trabajar por ser víctimas de la violencia, por ser desplazados. El desplazamiento no solo mata en el acto, mata de a pedacitos. Ana no se ha podido recuperar del todo; ninguno. No queremos culpar al desplazamiento por su enfermedad.”

Todo eso pasó entre las 10 a.m. y las 12 del medio día. A plena vista de las montañas, del sol, del viento, de Mariana. Mariana nos alcanzó en la mitad de la historia. Nos despedimos de don Cristo, nos dimos un abrazo, a mí me dio palmadas en el hombro y en la espalda, palmadas suaves, cariñosas; me dijo que se sentía halagado. Que le habíamos dado esperanza. Salimos de

la casa de paz y lo acompañamos hasta su casa, saludamos a doña Ana, a su hija, sus nietos, tomamos tinto y salimos a emprender nuestro camino de regreso a casa.

Después de salir de esa casa casi no pudimos hablar. Estábamos atragantadas. Por lo menos yo. Caminamos esa trocha de regreso escuchando nuestras pisadas y el ruido que hacía el viento al pegar en las casas de lata, hasta que Mariana paró de caminar.

Mariana se me acercó; empezó a hablar rápido de todas las historias que habíamos conocido en esos meses, de lo importante que le parecía hablar con las víctimas sobre su vida. Mariana de repente habló mucho más rápido, dijo que al compartir con ellos sobre sus memorias lograba de alguna manera construir las de ella.

Habló mucho más rápido, como si algo la estuviera persiguiendo en su cabeza; me dijo que se había encontrado con ella mientras oía el dolor del otro. Que sabía que yo también me había encontrado escribiendo sobre el dolor del otro. El otro que también soy yo. Que había encontrado cómo recordar su dolor, que recordaba.²⁷ Que había logrado construir un pedazo de la historia.²⁸

Por un momento no entendí nada. Mariana tomó impulso.

Mi papá es desaparecido, dijo.

²⁷ Del pasado no se prescinde por el ejercicio de la decisión ni de la inteligencia; tampoco se le convoca simplemente por un acto de voluntad. El regreso del pasado no es siempre un momento liberador del recuerdo, sino un advenimiento, una captura del presente. Proponerse no recordar es como proponerse no percibir un olor, porque el recuerdo, como el olor, asalta, incluso cuando no es convocado. Llegado de no se sabe dónde, el recuerdo no permite que se lo desplace; por el contrario, obliga a una persecución, ya que nunca está completo. (Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado: cultura de la memoria y tiempo subjetivo*, p.9)

²⁸ El restablecimiento integral del pasado es algo por supuesto imposible(...) y, por otra parte, espantoso; la memoria, como tal, es forzosamente una selección: algunos rasgos del suceso serán conservados, otros inmediata o progresivamente marginados, y luego olvidados. (Todorov, *La memoria amenazada*)

Mariana

*Yo no soy yo
soy este
que va a mi lado sin yo verlo;
que, a veces, voy a ver,
y que, a veces olvido.
El que calla, sereno, cuando hablo,
El que perdona, dulce, cuando odio,
El que pasea por donde no estoy,
El que quedará en pie cuando yo muera.*
Juan Ramón Jiménez

Mariana quiere enterrar a su papá. Mariana le quiere dar un rostro a la muerte. Mariana no desiste.

Me contó que lo habían matado en el 2001. No recordó el mes y yo tampoco insistí. Mariana se quedó callada, volteó la mirada vacía hacia las montañas que no dejaban ver su verde por la cantidad de comunas y murmuró que un recuerdo, que no podía verbalizar del horror, le apretaba las costillas.²⁹

Yo me contuve. No sabía qué sentir o si había que sentir o si sentía. Impávida, quedé resignada a esa frase.

²⁹ No olvidamos todo, evidentemente. Pero tampoco lo recordamos todo. Recordar u olvidar es hacer una labor de jardinero, seleccionar, podar. Los recuerdos son como las plantas: hay algunos que deben eliminarse rápidamente para ayudar al resto a desarrollarse, a transformarse, a florecer. (Marc Augé, *Las formas del olvido*, p. 23)

*Mariana y yo.
Yo y Mariana.
Mariana y el otro;
Mariana es el otro.
A Mariana le duele,
A mí también me duele*
María M.

“Mi abuela creía que con la supuesta muerte de mi papá la vida ya no valía la pena, que todo había perdido valor; mi papá era el niño de la casa, su consentido, me dijo. Me agarró por el brazo, supongo que impulsivamente quiso hacerme ver con el contacto el horror que pasó por sus ojos.”

“Me sé los fragmentos de esta historia porque he oído conversaciones de mi mamá en la sala de la casa, hablando sobre lo que nunca me ha dicho, porque tengo recuerdos de mi papá hablándome de un viaje del que, quien iba a saber, nunca volvería.”

Mariana nació en 1996, cuando a Colombia se la estaba comiendo la guerra. Por todos lados: masacres, bombas, matanzas, secuestros; muertos. Muertos. Miedo. Terror. Miedo. Miedo. Muertos. Mariana nació en la ciudad, en Bogotá. Mariana tenía cinco años cuando pasó todo. Mariana conserva imágenes intactas de Miguel en su cabeza. Miguel es su papá.

“Miguel es un número entre tantos”, dijo.

“Miguel era escolta de profesión y exfuncionario del DAS. Ese día él y su amigo iban para Arauca a trabajar, a cuidar una mujer; era su trabajo, yo no entendía muy bien por qué. El único que regresó de ese viaje fue su amigo, que asesinaron días después acá en Bogotá. En Arauca los retuvo un grupo armado, le dijeron a mi mamá. Mi mamá llamó como una loca a su celular y al beeper pero no hubo razón de ellos. No hubo razón de Miguel. No hubo razón de mi papá.”

“Siguió llamando un par de días más hasta que un día le contestó una mujer: “vea, señora, al mono lo mataron. Siempre los va amar, no vuelva a llamar; no haga nada, nosotros sabemos quién es usted. No busque que matemos a sus hijos.”

“He tenido episodios en donde no puedo contener la rabia. Una vez en el colegio, donde pensaba que todo era normal, me pusieron a ver *La noche de los lápices*. Ver el dolor de la ausencia de las madres por sus hijos desaparecidos, vivir una vez más la desaparición, ahí, en clase, sentada sin poder hacer nada. No me contuve. Ese día salí para Asfaddes; llamé, no me dieron respuesta. Nunca me han dado respuesta.”

“Mi mamá me dijo que a veces, si quería vivir, era mejor el silencio. Nunca he podido buscar a Miguel. Tengo miedo. Yo no quiero poner a nadie en riesgo pero quiero darle un rostro. Una fecha, una cara; un entierro. Algo. Yo no sé qué pasó, durante mucho tiempo pensé que era una pregunta que mi mamá se negaba a contestar pero la verdad es que ni ella sabe qué pasó. El tema está sellado. De ese tema no se habla.”³⁰

“¿Cómo se hace el duelo frente a esta insoportable ausencia? Pues en el silencio, en la incertidumbre. Sacando su ropa y sus libros y sus discos. Pero... ¿y si vuelve? ¿y si un día toca el timbre y abro y está ahí parando y me abraza y me dice que el viaje fue muy duro pero que ya está de vuelta?”

³⁰ Experimentar una tremenda revelación sobre el pasado, sintiendo la obligación de reinterpretar radicalmente la imagen que uno se hacía de sus allegados y de sí mismo, es una situación peligrosa que puede hacerse insoportable y que será rechazada con vehemencia. (Todorov, *La memoria amenazada*, p.7)

Entonces, con los ojos ya encharcados, cerrando su maleta muy rápido porque el bus que nos iba a bajar al portal se acercó, con la tarjeta del SITP en la boca para no perderla, por entre los dientes soltó lo que faltaba:

“Mi abuela se fue para el lugar del campamento donde habían cogido a mi papá, en Arauca, pues quería darle un entierro digno. Por desgracia, ella estaba perdiendo el tiempo, le dijeron que se devolviera por donde había entrado. Lo que no sabía mi abuela era que *todos bajaban por el río*, así le dijeron a mi mamá.

“Yo siempre tuve miedo, de hecho, en mi casa siempre hemos tenido miedo, uno que nos desborda. Desde ese entonces, claro, yo corría a la puerta cada vez que sonaba el timbre para ver quién estaba del otro lado. La muerte es una pesadilla. A veces todavía me produce pánico, el timbre.”

Hace más de tres meses que nos vemos la cara todo los domingos, hace más de tres meses que yo llego tarde y ella me espera sentada a las afueras del Portal; hace más de tres meses que nos contamos dolores semejantes, que juntas escuchamos las peores historias de terror. Hace más de tres meses, en mis narices, estuvo la historia de Mariana que nunca supe, que ahora sé.

Ese día, después de ese día, un después que ahora es para siempre, Mariana me hizo ver algo que yo no vi, que siempre estuvo ahí y yo no vi; una vez más, de la manera más sencilla: el dolor es de todos. De la manera más torpe quise hacerle saber con mis gestos que estaba bien hablarlo, que tal vez esos minutos de memoria le podían ayudar a sanar casi 15 años de ausencia.

Quise hacerle a Mariana un montón de preguntas, preguntas que hasta a mí se me salían de las manos contener. Preguntas crudas. Afortunadamente, hubo una gran pausa para que yo tragara saliva y todas las palabras se asentaran en algún lugar de mi consciencia. El dolor es de todos, pensé.

No pude hablar más, no quería tampoco, y Mariana no me lo exigía. Nos montamos al bus.

Don Félix

*La memoria no se opone al olvido.
La memoria es, siempre y necesariamente,
una interacción entre el olvido (el hecho de borrar) y la salvaguarda del pasado
en su totalidad -algo a decir verdad imposible.
Todorov, Los abusos de la memoria*

“Usted llega a Urabá y eso ahora es un potrero. Maleza. Eso está vacío. Ya no hay nada por allá. ¿Que si quisiera volver...? Pues yo vivía muy bueno. Pero eso sigue muy peligroso, está lleno de plagas... Hace 25 años mataron a mi gente allá en Urabá” me lo dijo sin siquiera alzar la mirada.³¹

Hace dos años Félix vive en una casa de madera que su hijo le regaló. Hace dos años llegó a Bogotá, al barrio Santa Marta a construir la última parte de su vida junto a su esposa. Hace dos años cree en la paz. Félix, de gestos amables pero a veces toscos, un tipo serio pero jocoso, un tipo resignado a su historia, me contó que el día que esos disparos irrumpieron la tranquilidad del campo, del bosque, supo que su vida iba a cambiar por completo. Félix, Don Félix, después de irse para luego volver, después de tantos caminos, la guerra se encargó de finalmente, destruir su pasado en tres minutos, literalmente.

En tres minutos cogió de la mano a su esposa y a sus hijos, cogió lo que más pudo, apagó el radio, se metió en los bolsillos las primeras fotos que encontró; los niños agarraron sus juguetes y una cobija que estaba a la mano. Eran las 3 p.m. de un domingo. Estaban juntos, en familia, reposando luego de caminar por el campo. Félix cerró los ojos: dejó sus animales, sus tierras, su

³¹ Según Benjamin quienes intentamos contar la catástrofe somos “post-narradores”, porque apenas logramos recuperar la posibilidad de transmitir lo que no se puede contar. (Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar*, p. 36)

casa, su vida en las paredes. Sin ruido, cerró la puerta y temblando se despidió de una tierra que ahora está inundada de rojo. Félix corrió y sin aliento, desapareció en el horizonte, entre la misma maleza que ahora recuerda.

“El campo era paz, era certeza de estar tranquilo, hasta entonces. Se estaba poniendo el sol, todo en su sitio, los animales, los pájaros, hasta los árboles. Unos tipos aparecieron de repente, con la cara tapada, me dijeron a mí y a mi hermano que los asesinos debían ir a la cárcel. Yo no entendía nada, sin embargo caminé hacia ellos, me fui.”

“Me agarraron del brazo. Ahí, sin razón alguna, me separaron de mi hermano por siempre. Me llevaron a pagar actos ajenos. Cosas que nunca hice, quien sabe Dios por qué. Pasé muchos días tirado en un calabozo, dentro de una cárcel, hinchado de miedo más que de tristeza. A ese calabozo no entraba un rayo de luz, nada, no entraba ni comida ni agua. Yo quería explicaciones, explicaciones que dejaron de importarme cuando sentí morir de hambre, de sed. Yo me iba a morir.”

Don Félix me ofreció tinto, más tinto. Estuvimos sentados todo el tiempo dentro de su casa. Su casa que es un rectángulo, con techo de lata y algunos palos de madera sostenidos por piedras y ladrillos. Con su esposa, su esposa que ha oído esta historia completa un par de veces. Una historia que carga, junto a su marido, hace años. Una historia que esperan contar con un aire distinto un día.

“En esa misma cárcel había cuatro convictas, ellas me salvaron la vida. Yo estaba delirando, nunca había sentido eso; me sangraban los labios. El griterío de las cuatro convictas era una huelga por mí: se habían dado cuenta de que un joven llevaba más de tres semanas tirado en el calabozo, sin nada de comer ni de beber. Las guardias entraron. De verdad que yo estaba muerto.

Las mujeres se me acercaron, incrédulas, me dieron malta con un poco de leche que tenían en el vaso. Ahí recobré el sentido. Nunca había sido tan reconfortante abrir los ojos. Después me dieron comida, recuperé fuerzas.

“Al siguiente día me levantaron, me amarraron las manos y me llevaron a indagatoria. Resulta que la juez me acusó de haber matado a cuatro personas y de herir a otro par, algo que yo nunca hice, hoy en día lo sostengo. Cagado del miedo le dije que yo no había hecho nada. “A mí no me gusta la violencia”, dije. Ajá.

“Me sacaron de ahí y me llevaron a la sala penal con más presos, estaba en Dabeiba todavía. De ahí me trasladaron a la cárcel Bella Vista en Medellín. Me encerraron tres días, otra vez sin comer. Al mes me trasladaron al Valle, ahí duré más o menos dos meses. Después me trasladaron a Buenaventura. Estaba cansado ya de tanto ajeteo. Estaba cansado y resignado a creer en una historia que ni siquiera era mía. Una historia que, al fin y al cabo, terminé viviendo en carne propia. La pagué yo y quién sabe dónde estaba el otro.”

“Llegué a Buenaventura y a eso de las 6 p.m., cuando ya no había luz, me quitaron la ropa. Nos quitaron la ropa a todos los presos. Nos amarraron a todos y nos metieron dentro de un barco rumbo a Gorgona. En esa cárcel el juez 330 dio la orden criminal y me condenó a 20 años de encierro. 20 años. 20 años de los cuales solo pagué 10 por buena conducta, eso digo yo, pero la verdad es que para esos días me sacaron al patio a hacer oficio y me pillé al fiscal con una muchacha, era trabajadora de ahí, entonces la muchacha salió y me preguntó que quería y le dije: que me den libertad porque yo no debo nada.

Don Félix narró su historia con “la melancólica y contenida voz del que ya mira lo familiar con otros ojos, los de la distancia, percibiendo la inconsistencia del universo y la certeza de que el

regreso no existe”.³² Fueron 10 años. 10 años que desvanecen los recuerdos más nimios. 10 años que también construyeron la persona que es ahora. 10 años que le enseñaron sobre la soledad, sobre esperar, sobre la familia; 10 años que todavía pesan.

“Salí de la cárcel con el odio más puro que he podido sentir, salí a buscar al juez 330, el que me condenó sin darme explicaciones, salí con un revólver a buscarlo por todos lados. Gracias a Dios nunca lo encontré. Entonces vendí el arma y cogí camino de vuelta a mi pueblo, Juntas de Nutibara en Murri. Solo pensé en los años de ausencia, en mi hermano, en mi mamá, en mi papá ahogado en alcohol por perder a sus dos hijos en la selva. Fue un trayecto largo el de volver, además porque ya eran otros tiempos. Tenía el corazón inflamado, los ojos llenos de lágrimas.”

“Cuando llegué y toqué la puerta mi mamá abrió y enseguida me cerró la puerta en la cara. Ya después de tanta desconfianza la relación se compuso. Logré el abrazo que tanto anhelé. Un año después nos fuimos para Dabeiba. Al llegar mi mamá se empezó a sentir mal y fuimos a donde un médico y le diagnosticó cáncer y un mes de vida; murió a las 2 semanas. Yo la cuidé día y noche. Mi mamá me decía que saliera más, que consiguiera un trabajo y una familia. Y pues así fue.”

A su esposa la conoció en la plaza de mercado vendiendo natilla. A su esposa la besa todas las mañanas al levantarse y le dice usted es mi esposa. A su esposa le dio el mejor vestido del pueblo para que se casara con él. Su esposa le dijo sí después de decirle no un par de veces. Días después de casarse, de los besos y de quedar en embarazo, se fueron a vivir a Villa Arteaga: “queríamos darle una mejor vida a nuestra futura familia. Sembramos maíz, yuca y tuvimos muchos animales. Volvimos al campo.”

³² Nora Strejilevich en *El arte de no olvidar*

Su esposa me dijo casi en secreto que se sentía una mujer afortunada de tenerlo al lado, que con su historia, ahora de los dos, lo quiere más. Que juntos han logrado construir una vida donde parece que ya nada pasa.

“En un bar me di puños con un tipo que habló de mi hermano y no lo soporté. En esta ocasión me sentenciaron a 8 meses de cárcel, lejos de mi esposa y de mi futuro hijo. Nunca sentí ni vi nada lindo en la cárcel, solo hay dolor, resentimiento, odio, crueldad; sin embargo, tirado en una celda cohibido del mundo, esta vez, conocí a Dios. Sin avisar, dos mujeres entraron a mi celda a cantar el evangelio, me quedé mirándolas. Sentí tranquilidad. Salí de cárcel y quise dedicarme a difundir el evangelio; me volví líder en este asunto, me conocieron por todo el pueblo, me llamaban el “hombre de los misterios”. De alguna manera pensé que todo esto era un punto que acababa con mi pasado. Que ya nada me perseguía. Entonces vino la peor parte.”

“Una madrugada la guerrilla tocó la puerta de mi casa. Me propusieron vender propaganda política con mi biblia. Que si aceptaba me mandaban a otro país a estudiar y buscaban un médico privado para mi esposa, que sufre de epilepsia. Yo no veía bien a los tipos, a esa hora todo está borroso. Cuando me di cuenta me agarraron, me cargaron y me dejaron botado una semana en la montaña, sin nada de nada, ni comida. Nada. Me amenazaron. A la semana un joven guerrillero me salvó la vida: “usted es un buen hombre para estar aquí”, me dijo, y me soltó. Corrí entre la maleza. Otra vez corrí. Otra vez estaba de regreso, de vuelta a mi casa, al pueblo.”

“Resulta que días después de que la guerrilla tocó mi puerta me encontré con los paracos. Venía de predicar, en una chiva de regreso al pueblo. De repente la chiva paró en un retén y se subió “escalera”, un paramilitar encargado de hacer cumplir la “lista negra” de la zona. La lista de personas para matar. Yo estaba en esa lista por supuestos vínculos con la guerrilla. -¡Aquí viene uno!-, gritó el paraco y con ganas de matarme me echó mano al cuello. Cuando me tiró pa fuera del bus me cogí de un palo de la chiva y lo empujé y me volé. Me escapé. Corrí otra vez. Otra vez entre la maleza. Esperé hasta la madrugada escondido y caminé hasta el pueblo, hasta mi

casa. Los que estamos en medio del conflicto somos nosotros, los campesinos. Nosotros también somos los muertos.”

Después, lo que Félix espera que haya sido el final de todo, fue el domingo a las 3 p.m., la hora de la desdicha. Una hora que espera que haya marcado el fin de la guerra en su vida. Los últimos tres minutos. Félix no quiere volver a correr. No quiere volver a huir. Ahora está en Bogotá construyendo la paz, en otra casa que parece ser su casa hace dos años.

*Una casa
y otra casa
que fue su casa
que fue mi casa
se quedó en la guerra
se la llevó la guerra*

*Una casa
que es otra casa
que parece ser su casa
que parecer ser mi casa
ha vuelto de la guerra*

*Una casa
que siempre ha sido casa
que es nuestra casa
acabó la guerra
María M.*

Me despedí de don Félix, de su esposa, les di las gracias, tomamos tinto. Salí de ahí aturdida, con la historia por pedazos en la cabeza, en la lengua. En silencio.

Doña Irene, la doña

Este es un relato de ficción escrito a partir de hechos y testimonios reales

El impacto provocado por la devastación de la guerra hizo que muchos testigos volvieran mudos a un mundo en donde lo único que permanecía igual era el cielo.

Nora Strejilevich

La doña me contó su historia a medias. La doña no quiere que su nombre aparezca porque su nombre le recuerda a su papá sin poder gritar por el cafetal. La doña se cambió el nombre. Igual, así le dicen en el barrio, la doña, porque es una doña seria, reservada, delgada, de gestos fuertes pero amables y de ojos medio hundidos.

La doña contó su historia por primera vez en una asamblea de la gente del barrio, del que ahora ella hace parte. Ella contó su historia para no volverla a contar.³³ No quiere volver a repetirla ni en palabras, porque siente que la persigue, que no la deja dormir, que la levanta en la madrugada sin aire, que la levanta en la madrugada gritándole a los ojos. Ella quiere olvidar, de raíz.

Don Cristo dice que la historia la enfermó, así como a su esposa; que el exilio se encargó de callarle la vida. Que los trapos metidos en la boca con los que alguna vez tuvo que huir de su casa siguen ahí, sin dejarla respirar.

Por lo que sé, por lo que vi, es un dolor que está adherido a los huesos, que pesa, que está oxidado. Es un dolor de 65 años que aún carga. Un dolor que trajo consigo a Bogotá, a Ciudad

³³ Está el olvido que Ricoeur denomina ‘evasivo’, que refleja un intento de no recordar lo que puede herir. Se da especialmente en periodos históricos posteriores a grandes catástrofes sociales, masacres y genocidios, que generan entre quienes han sufrido la voluntad de no querer saber, de evadirse de los recuerdos para poder seguir viviendo. (Semprún, 1997) Tomado de Elizabeth Jelin en *Los trabajos de la memoria*, p. 31

Bolívar, al barrio Santa Marta. El día que aprendí a tejer, que me enseñó a tejer, me recibió con un vaso de tinto en la mano, bolsas plásticas dobladas al punto de parecer lana para tejer y agujas. Ese día en su casa, una casa de madera, de lata y plástico, sin nada más que una cama, estufa y una ventana a medio abrir, entre las conversaciones cualquiera que se pueden tener entre dos mujeres tejiendo, me contó que empezó a retener recuerdos a una edad muy temprana: a los cuatro años.

“Pero cómo no, hay imágenes que son imposibles de borrar de la memoria. Viví las dos guerras, huí de las dos guerras. Volví a Icononzo³⁴, mi pueblo, las mismas dos veces. La primera vez atravesé el cafetal una madrugada de 1955 de la mano de mi mamá embarazada de mi primera hermana, con mi papá y siete familias más. Siete familias también obligadas a huir. Así huimos de los godos que nos querían cortar la lengua y los pies. La segunda vez fue con mi esposo y con mi hija. La falta de alternativas para una mejor vida en el campo y para la educación en el Tolima terminó por devorarla entera.

“La guerrilla se tragó a Icononzo dejándolo sin más que la opción de ser un pueblo recluta. Yo no quería verme envuelta ahí y decidí irme, otra vez. Entonces cogí las pocas cosas que podía cargar, caminé y llegué a Bogotá. Esta vez llegué a Bogotá para quedarme.”

Ese día me habló de su pasado, de los recuerdos que tenía, pero no volvió a hacerlo más, y no por no *querer*³⁵. Ese día, el día en que aprendí a tejer, aprendí también que el recuerdo, cuando

³⁴ El periodo crucial del conflicto se inició después del asesinato de Gaitán en 1948, y se intensificó en todo el país con la campaña presidencial de 1949(...) Los primeros síntomas de violencia ocurrieron casi simultáneamente a mediados de 1949 en sitios del Huila, Santander, Valle del Cauca y Tolima. De estos lugares se fue esparciendo el virus hasta saturar departamentos enteros, como el Tolima.(...) 40 de los 42 municipios tolimeses, entre esos Icononzo, recibieron el impacto brutal de la violencia sea por la acción de grupos partidistas, por la Policía o por las fuerzas comandadas por los jefes de la zona. (G. Guzmán, O. F. Borda, E. Umaña, *La violencia en Colombia: Tomo I*, pp. 135-139)

³⁵ Es sabido que algunos seres humanos dotados de lenguaje han sido colocados en una situación tal que ninguno de ellos puede referir después lo que fue esa situación. La mayor parte desaparecieron entonces y

duele de semejante manera, es casi imposible traerlo al presente, de ninguna manera, ni en palabras. Es casi imposible volverlo tangible porque lo tangible se vuelve real y para ella lo real es inconcebible.³⁶ Fue inconcebible.

“Yo me pregunto qué es perdonar. Yo me pregunto qué es no tener los recuerdos que tengo. Qué es vivir sin guerra a los 4 años de edad... Los godos entraron a la casa de mi tía, que era como mi mamá, y agarraron a su bebé y lo lanzaron al aire frenando su caída con las balas. Y así tres veces. Después mataron... torturaron a mi tía.³⁷ Otro día, entraron a la tienda que era de mi familia, arrasaron con todo adentro, hasta con las gallinas coloradas. Las mataron porque las plumas tenían el color de la bandera liberal. Fue muy cruel. Ahí mi papá dijo que teníamos que huir.”

“Huir y luego volver y luego tener que volver a huir para nunca volver... Caminamos hasta Cundinamarca, fueron más o menos ocho días, nos escondíamos en cuevas, comíamos guayaba, frutas, esa vez hubo un enfrentamiento... a los niños nos metían trapos en la boca para ahogar el llanto porque donde nos pillaran nos mataban a todos. Mi mamá dio a luz a mi hermana, como a las 3 de la mañana, nos tocó parar obligados... como a las seis de la tarde ya estábamos caminando otra vez. Alguien nos perseguía y ese alguien podía ser cualquiera. El alguien que nos perseguía era la muerte acechando.”

los que han sobrevivido hablan de ella muy raramente. (Giorgio Agamben citando a Lyotard en *Lo que queda de Auschwitz*, p. 35)

³⁶ Sería de una ilimitada crueldad recordar continuamente a alguien los sucesos más dolorosos de su vida; también existe el derecho al olvido(...) Lo cual no quiere decir que el individuo pueda llegar a ser completamente independiente de su pasado y disponer de éste a su antojo, con toda libertad. (Todorov, *La memoria amenazada*)

³⁷ Esta forma de tortura llamada ‘no dejar ni la semilla’ es una de las tres consignas monstruosas que afloró en los grupos guerrilleros de la zona.

La doña y yo tejimos como desde las 10 de la mañana hasta el medio día. Sus dedos entre las agujas se perdían, entre las bolsas que parecían lana, mis dedos también; me dio la sensación de que ese día que aprendí a tejer hice un pacto con ella, ese día que aprendí a tejer lo que tejimos fue la ruta de cómo contar historias. Por entre los dientes me dijo que ha llevado la guerra en la espalda todo este tiempo; yo, la vi en sus ojos, en sus ojos cansados de ver las mismas escenas de la guerra una y otra vez. Eran demasiadas atrocidades en un solo momento.

“Cuando llegué a Cundinamarca estuve varios años esperando a que la guerra entre liberales y conservadores terminara, en esas me casé, tuve a mi hija... Me devolví al pueblo, al Tolima. En ese entonces pensé que ya no volvían a sacarnos de nuestras tierras. Y pues, ya no había ni ‘pájaros’ ni ‘cachiporros’ ni ‘godos’.”

“Eso fue a finales de los años sesenta. Volví a trabajar el campo, a recordar, volví para poder recordar qué me había sacado de allí; entonces fue cuando visité la tienda, mi casa, la casa de mi tía, estuve en los lugares en donde se había derramado la sangre de los míos, todo para recordar. Para no dejarme sacar.

“La guerrilla ya había llegado, las FARC se estaban tomando todo Icononzo y reclutando hasta el último campesino para ir a la guerra. Cambiaron la ruana por un camuflado y dejaron de recoger café para empuñar un arma. Les ofrecían una mejor vida. A cambio tenían que matar al otro, a todo aquél que se les atravesara, al enemigo.”

“La guerrilla llegó muchas veces a mi finca. No podía negarles un plato de almuerzo porque con esas armas... Torturaban al que no le hiciera caso, violaban a mujeres en la cara de su gente, las amarraban a palos y así pasaban uno por uno; a otros les quitaban los dedos... El ejército también pasaba. Yo sabía quién era quién. Todos sabíamos quién era quién. Saber quién es quién nunca es bueno. No era bueno.”

“Se repitió la historia y yo volví a ser parte de ella. Vendí mi finca y mis cosas con el dolor más profundo; y esa vez me fui para no volver. No soporté ver más guerra. Llegué acá sin saber. Llegué hace 14-15 años.”

Las agujas... y las lágrimas. Y el café. Y una sonrisa oculta y nerviosa y añoro y esperanza. Y las bolsas que parecían lana y las manos de las dos tejiendo una sola historia; entre una sola historia. Y el barrio que me abrió sus puertas para oír las historias que cavaron esas tierras, que construyen esas casas. Así fue.

“Así como guardo esos recuerdos también cosecho sueños; a esta edad... quiero olvidar y quiero volver a empezar. ¿Cómo alguien vive para contar semejantes atrocidades?”

Ese día salí de la casa de la doña con los dedos, las manos, la piel, el cuerpo... todo tejido.

*La memoria es obstinada,
no se resigna a quedar en el pasado,
insiste en su presencia.*

Patricio Guzmán

Que ya está afuera

Uno puede descubrir a los otros en uno mismo, darse cuenta de que no somos una sustancia homogénea, y radicalmente extraña a todo lo que no es uno mismo: yo es otro
Todorov

1

“Esto hasta hace algunos años es así, antes era caótico. Antes de pensar en este proyecto de la casa de paz nadie habló con nadie. Todos estuvimos siempre separados, divididos, tímidos, miedosos. Por lo menos nosotros, cuando llegamos, acordamos no hablar del tema, los demás tampoco. Estuvimos muy desubicados y pues claro que era normal. Veníamos de huir de la muerte. ¿Quién se siente bien después de huir bajo esas condiciones de la muerte? ¿A quién le gusta el olor a muerte? Entonces, pues, buscamos ayuda. Cada quien con sus cosas de manera que cada quien en su lugar de víctima. Pensamos que cada víctima era diferente.”

“Entre familias de paramilitares, de guerrilleros y de desplazados los roces y los resentimientos fueron tormentosos, acá arriba estuvimos a punto de matarnos. Los que estuvimos pendientes del barrio desde que se fundó nos dimos cuenta de que así no se podía vivir, de que no íbamos a lograr nada más que volver a huir, huir de nosotros mismos... y los de aquí no queremos volver a huir. No solo era eso... la llegada de familias en esa época era cada vez más constante, entonces, nos vimos obligados a buscar ayuda.”

“Cada quien fue a su lugar y cada quien llegó con ayuda, ayuda para dialogar. Poco a poco se fueron abriendo espacios para el diálogo y poco a poco nos fuimos sintiendo más cómodos los unos con los otros. Por supuesto siempre con esa ayuda; alguien, al principio, moderó las conversaciones. La decisión del diálogo no fue algo empírico puesto que habíamos decidido entre todos callar.”

“Ellos nos enseñaron a los líderes de cada comunidad cómo tratar con los temas grandes, cómo lidiar, de alguna manera, con el dolor. Gracias a ese acompañamiento empezamos a crecer como comunidad. Entendimos que solo existe una víctima y esa víctima somos todos, todos los que estamos aquí. Tal vez usted también lo sea. Convivir también nos hizo dar cuenta de que somos seres humanos, puede que suene simple pero a uno se le olvida que eso somos. Que somos de carne y hueso y tenemos heridas y un pasado que nos ha puesto donde estamos.”

“Bueno... poco a poco nos conocimos más, nos juntamos más, empezamos a hablar más entre nosotros, por nosotros, cada quien empezó a tener su propia voz. Sin embargo, seguía existiendo una brecha, que es la brecha que sigue existiendo en el país y es que seguimos separados. Aunque hayamos conciliado entre nosotros, la división sigue presente. Aquí ya no. Pero en el país sí. La división sigue presente.

“La cosa es que llegaron y nos dijeron que había capacitación para reinsertados y para desplazados y nos propusieron separarnos y hacer una cantidad de cosas con las cuales no estuvimos de acuerdo, no hemos estado de acuerdo. Y es, por ejemplo, repartir un bulto de arroz solamente entre los desplazados del barrio mientras que los reinsertados nos miran hacerlo. Aquí en Santa Marta no estamos interesados en hacer esa clase división porque, nosotros, los que siempre hemos estado en medio de esto, sabemos que así se abren las heridas, heridas que tal vez ya están sanando. Y no estamos dispuestos a abrirlas, no para volver a lo mismo; no para crear discordia.”

“Ahí, entonces, apareció el proyecto de la casa de paz. Las dinámicas que aprendimos con el acompañamiento de los que saben las aplicamos allí. Así ya no existe la división. Así ya todos nos sentimos parte de lo mismo, como una fraternidad.”

“Creo que hemos logrado estar por encima de muchos barrios porque aquí, siento yo, se está construyendo la paz. Una paz que ha tomado tiempo moldear. Aquí, casi todos los domingos, entre las 9 a.m. y las 4 p.m. cada uno de nosotros nos seguimos construyendo y con nosotros se construye también el barrio.”

2

A mediados de junio le comenté a don Cristo, en una de mis últimas visitas, que quería cerrar el capítulo que habíamos abierto por meses en Santa Marta. Le dije con el corazón en la mano que lo que sucedió allá arriba durante esos meses el viento era incapaz de llevárselo. Que aunque las historias pertenezcan a esas calles, a esas casas, a esa tierra y a ese sol, las llevo en mi vida y en mis dedos. Le dije, con los ojos brillantes de lágrimas, que la historia de Santa Marta, el barrio que me enseñó lo que pasa después del dolor, debía ser conocida y vivida, por lo menos, por las letras y por quien se anime a leerlas.

Entonces, en ese barrio, donde, pese a todo, se respira aire puro, don Cristo, Mariana, Félix, doña Irene y yo nos reunimos en la casa de paz a charlar, una vez más, de heridas y dolores del pasado.

El domingo 12 de junio Mariana y yo llegamos a eso de las 10 a.m., a pleno torneo de fútbol en el pastizal verde al lado del corazón de la loma. Saludamos a los equipos y seguimos de afán porque ese día la cita era de todos. Antes de llegar al punto de encuentro caminamos por entre las pequeñas calles, nos encontramos con habitantes del barrio que iban saliendo de sus casas, con los perros, los gatos y las vacas.

Ese día no cogimos la subida sino los caminos que quedan en la mitad de la subida, hacia la izquierda. Al llegar al final de ellos, don Cristo, Félix y doña Irene nos estaban esperando para caminar juntos hacia la casa de paz. Las sillas estaban puestas, organizadas y había más ladrillos que la vez anterior. Eran los ladrillos que nos cubrían del frío. Ese día yo tenía nervios. Mi cuerpo intuyó, de cierto modo, lo que se avecinaba. Mariana también. Don Cristo, Félix y doña Irene parecían estar tranquilos. Era un día apacible. Era el final. Se sintió como el final.

La casa de paz que lo oyó todo estaba lista para nuestro encuentro, un encuentro que Mariana y yo propusimos para cerrar la dinámica de contar nuestras historias así mismo como se abrió. Yo

leí la mitad de la historia que escribí también para ellos y Mariana expuso los dibujos que hizo también para ellos. Para todos. Para nosotros. En la mitad de la historia se me atragantaron las palabras. Cuando terminé de leer la historia no pude contener el llanto. Cuando terminé de leer la historia y los miré a los ojos les conté que desde el día en que el pasado empezó a atravesarse en los ojos de todos yo también había buscado el mío.³⁸ Yo vi el mío.

“Para el día en que ustedes recordaron yo también lo hice. Tanto como ustedes, como los suyos, como yo, como los míos, somos víctimas del conflicto armado en Colombia. En el año 1985 mi abuelo tenía una finca en el Magdalena medio, en San Alberto, sur del Cesar. Tierras muy apetecidas por la guerrilla en esa época, tierras muy apetecidas por todos. Tierras ganaderas. Mi abuelo era ganadero. Mi abuelo se llamaba Ramón.”

“Resulta que en la puerta de la entrada de la finca había un viviente, José Tiburcio Carvajal, un tipo de 55 años, bajito, gordo, bonachón, bebedor, un tipo que le pidió el favor a mi abuelo cuando recién compró la tierra que no lo desalojara, que esa siempre había sido su casa. En ese tiempo las cosas parecían muy tranquilas de manera que mi abuelo le dijo que sí, que lo dejaba quedarse con la condición de que cuidara la finca. Entonces José Tiburcio aceptó. José tenía varios hijos, estaba casado con una señora de apellido Aguilar. Los hijos de José Tiburcio, algunos, ayudaban con el cuidado de la finca y esas cosas...”

“Un día mi papá, hijo de mi abuelo, y mi mamá, que en ese entonces era su novia, se fueron para un paseo con un montón de amigos. Después, uno de los hijos de don José confesó que ese día no los cogieron porque habían muchas mujeres y que las mujeres estaban muy escandalosas. Desde ese día los venían persiguiendo. Un lunes a mediados del año 1987 a mi abuelo le llegaron a la finca. Él estuvo de lunes a jueves y el jueves supuestamente se devolvía a Bucaramanga.

³⁸ “Nunca estamos solos” –uno no recuerda solo sino con la ayuda de los recuerdos de otros y con los códigos culturales compartidos, aun cuando las memorias personales son únicas y singulares.” (Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, p. 20)

Estaban a punto de irse y cayó un aguacero ni el verraco. Mi abuelo le dijo a Pedro, el chofer, que esperaran a que bajara el agua, que reposaran. En esas se quedaron dormidos cuando de repente lo levantó un fusil en la cabeza. Era uno de los que operó por esa zona, a ese lo mandó Hugo Carvajal Aguilar, alias el nené, el comandante que operó desde la Esperanza, San Martín hasta Rionegro, Santander; Hugo era hijo de José Tiburcio, el viviente de la finca. Al que se iban a llevar ese día era a mi tío, hermano de mi papá, Julián se llama, como mi hermano. Pero a cambio cogieron a mi abuelo.

“Ese día Julián no bajó a la finca. Ese día mi abuelo era el que estaba allá. Mi abuelo siempre fue un hombre de esas tierras, las conoció de toda la vida...”

“Lo cogieron, lo amarraron a un palo detrás de la casa, a Pedro también. Los empetaron, con trapos en la boca. Todavía llovía. A mi abuelo le sacaron el trapo de la boca y lo dejaron hablar. Él dijo que no se iba, que lo mataran mejor, que él estaba operado del corazón y que no daba la talla para caminar por entre el monte. “Yo no voy”. El tipo habló con el comandante y decidieron soltarlo pero no sin primero narrarle todo lo que sabían de él. Conocían a la familia, a cada uno, nombres y apellidos, de donde salían y por dónde entraban, cómo se vestían... todo. Le dijeron que lo soltaban pero tenía que volver a la semana siguiente con una cantidad de plata que necesitaban... como ocho millones en esa época.

“Lo soltaron, mi abuelo negoció esa salida por \$500,000; el comandante se puso furioso y mandó una carta a la familia amenazándolo, que si no entregaban la plata los mataban a todos... Eso fue como desde las 11 a.m. hasta por la tarde, como 6 p.m.”

“El nené los extorsionó durante seis meses después de eso. Comida, botas, municiones... a los seis meses los mandó al carajo. Él se fue para Bucaramanga y no volvió a bajar en cuatro meses, mientras le robaron reces, le robaron todo... siempre hicieron falta animales. Lo perseguían. Mi abuelo se murió en 1991. Mi familia dice que de pena moral de no poder trabajar en su tierra. Se

murió por problemas del corazón. Igual quedaban los hijos de mi abuelo y mi abuela. Por esos días Hugo mandó a la casa en Bucaramanga a unos tipos.. unos tipos que pedían plata de parte de él. Ese día les dieron plata.”

“Hasta que un día decidieron reunirse y mandarle un mensaje a Hugo diciendo que si tanto necesitaba la plata que viniera él personalmente por ella. Ahí dejaron de joder. Después vendieron la finca, con el dolor del alma.”

“Resulta que años después volvió a aparecer el tipo. El nené. Él vivía en Santa Cruz de la Colina, un municipio más arriba de Rionegro, Santander; dicen que por ahí vivía la mamá. Mario, el esposo de mi tía, una hermana de mi papá, cogía ese camino para entrar a la finca que tenía. Una finca de caña panelera. A Mario lo cogieron ahí. Horas antes mi tía le dijo a Mario que la llevara a la casa, que no quería quedarse ese día, que no se sentía muy bien. El tipo Hugo supo quién era Mario.”

“Ese día Mario llegó a la finca, se quitó el sombrero, se sentó en la silla y cuando se dio cuenta unos encapuchados ya habían entrado a la casa... se lo llevaron, a él y al mecánico que estaba arreglando las máquinas de trapiche. Mi tía se enteró al otro día. El mayordomo Julio la llamó y le dijo “doña Patricia a don Mario se lo llevaron... a don Mario lo secuestraron”.

“tres meses y ocho días. El 28 de septiembre de 1999 mataron a Mario. A Mario lo torturaron, lo amarraron a un palo, amarrado, no le dieron de comer ni de beber durante ese tiempo. Mario bajó 20 kg. Mario escribió una carta para la familia, al mes de estar en cautiverio. Mario pidió auxilio. Mario dijo que quería salir para el día en que la mamá cumpliera 80 años. A Mario lo mataron exactamente el día que su mamá cumplió 80 años. A Mario lo dejaron tirado en una gasolinera por Puente Tierra. A la familia de Mario le avisaron y Ciro, el hermano mayor, fue por el cuerpo a reconocerlo.”

“Mi tía dice que a veces piensa en eso. Que a veces piensa en Mario amarrado. Que a veces piensa que él mismo, por su carácter fuerte, dijo que lo mataran. “Yo creo que él se desquicio”.

“Mi tía dice que Mario odiaba ver que cuando había algún accidente en la carretera, los guerrilleros se tiraban a la par de los cuerpos muertos o accidentados a robarles las pertenencias. A Mario lo entregaron con el reloj que usaba en la mano izquierda metido en el bolsillo. Mi tía dice que ella cree que no quería que los desgraciados le cayeran después de muerto. “A Mario lo entregaron metido en un costal, con un camuflado encima, casi sin dientes, sin un ojo, barbado, con pelo largo, flaco, con el cuerpo deshecho por 11 tiros que le metieron...”. “A Mario lo entregaron pero muerto”.

“Yo tenía ocho años y recuerdo a mi tía llorando en el borde de la cama de mi abuela. Todos en silencio. Recuerdo el silencio. Recuerdo el pasillo inmenso que tuve que atravesar para verla, que ahora veo con sensación de vacío abismal. Recuerdo ese momento a mis ocho años. Yo no existía cuando la violencia irrumpió mi hogar. Yo tenía ocho años cuando la violencia irrumpió mi hogar.”

Cerré el papel, tomé aire y los miré a los ojos. Nos miramos entre todos. Nadie sabía qué hacer. Nadie sabía qué hacer más que refugiarse del sol del medio día y del viento que traía arena, muy fuerte. Don Cristo tomó la palabra en el nombre del barrio y dijo “me acuesto todas las noches pensando que no estoy solo, que alguien nos piensa y nos escribe.” Félix dijo que Santa Marta le salvó la vida. Doña Irene, la doña, me miró con amabilidad y dijo que podía volver a su casa a tejer. Mariana dio las gracias.

Al final, cuando cada uno ya iba para su casa, don Cristo, al dar el primer paso por el camino estrecho hacia su casa, mirando hacia abajo para tener cuidado de no resbalarse, murmuró entre

los dientes que lo que alguna vez alguno había dicho era cierto “después de todo, el dolor es de todos y aquí estamos todos después del dolor.”

¿Hay víctimas en Santa Marta? ¿Cuáles? ¿Quiénes? ¿De dónde? ¿De qué tipo? ¿De qué hablan? ¿Cómo viven? ¿Paracos? ¿Ex? ¿Desplazados? ¿Guerrilla? ¿Ex? ¿Muchos? ¿Cuántos? ¿Yo? Hay de todo. Están todos. Estamos todos. Todos los días, este pueblo con cara de ciudad, así como ha recibido semejantes historias ha logrado construir a partir de ellas un futuro para cada uno de sus habitantes, un futuro que, en efecto, justifica su propia supervivencia.

Conclusiones

Esta fue la primera vez en mi vida que duré tanto tiempo tras una historia que me desveló. El ejercicio del trabajo de campo durante casi cinco meses, salir a buscar las historias al barrio, vivir el barrio, conocer a todas las personas que conocí, convencerme día a día que la labor en este momento de mi vida era escribir esta historia y a la vez, dejar que el tiempo transcurriera e hiciera lo que sabe hacer tan bien, ha sido para mi vida y para mis letras algo sumamente satisfactorio y enriquecedor. Por esto, esta experiencia me ha dejado con sentimientos encontrados en cuanto a vivencias personales y académicas.

En cuanto a mi vida personal, nunca imaginé que trabajar de una manera tan pensada alrededor de temas sobre la guerra y la violencia en Colombia, ahora desde la época del posconflicto fuera tan apasionante. Si bien llegué a mi límite, tuve pesadillas, no dormí bien por meses, abrí heridas y cerré otras; si bien me tocó dejar la búsqueda por un tiempo para hacer mi propio duelo, al final, al darle un punto, por ahora, a este trabajo, la pasión que sentí y el entusiasmo de mis dedos al escribir es equiparable a la sensación de tener el pecho hinchado de emoción, como esa que sentí la vez que me admitieron a la carrera de Estudios Literarios.

Ahora, en cuanto a mi vida académica, el reto de proponer un relato que pusiera en diálogo la teoría y la experiencia me trajo hasta el final pues al principio no logré dimensionarlo con claridad. En esa mitad, en ese transcurso del trayecto entendí que un diálogo no se puede forzar, que un diálogo siempre es entre dos o más y que, en este caso, no había por qué preocuparse pues ese diálogo entre teoría y experiencia es el que ha escrito gran parte de la vida del mundo, sino toda.

Para llegar a estas reflexiones macro tuve que pasar por una serie de reflexiones más pequeñas que oscilan entre discusiones ético morales en cuanto a la forma de escribir y discusiones de índole místico, como la intuición en el momento de escribir y cómo escribir. De dejar ser la

historia. De oírla. Ahí aprendí un montón de cosas que tienen que ver con la disciplina, el amor, la literatura, las letras, las ganas, la vida en general. Aprendí de la vida y la forma de tejer un discurso que logre sanar y cerrar, de cierto modo, heridas. De tejer una herida que ha dejado la guerra y la violencia en Colombia después de 52 años de guerra, en una sociedad como la de hoy, la del 2016, que no ha logrado restaurarse. Que hasta ahora lo está haciendo. Que hasta ahora empieza. Hasta ahora empieza esa labor de restauración, de construcción de paz, una labor que el barrio Santa Marta empezó hace un par de años. Darle un significado diferente a ese pasado siendo narrado desde este presente es una de las labores más sobrecogedoras de la literatura.³⁹

Algo que me impresionó después de terminar de escribir y mientras tanto leer a María Helena Rueda y a Benedict Anderson es que, evidentemente, aquí el discurso que se visibiliza no es uno del horror per se, como en otros relatos podría suceder, sino, más bien, uno en donde se manifiesta que ese horror es parte fundamental para entender la historia. Es decir, que no se enfatiza en ese horror del pasado sino que se hace uso de él para construir ese presente y dar sensación de que el futuro está próximo.

Y por último, el contenido que hay en cada capítulo de la historia. De principio a fin la historia está atravesada por la experiencia del narrador que conoce el barrio Santa Marta, que se detiene en cada personaje y su forma de interactuar con él dentro del barrio que permitió vivirlo. Cada momento reflexiona sobre cuestiones en específico como el olvido, la memoria, el otro, dando cuenta que eso sigue presente después del dolor. Y que seguirá presente por el resto de los días.

³⁹ Darle volumen expresivo y realce significativo a la simbólica fisurada del recuerdo histórico (tarea que le corresponde a la crítica, al arte, a la literatura) es un modo, además, de no dejar que la reconstrucción del pasado se agote en las lógicas oficiales del *documento* o del *monumento*. (Nelly Richard, *Crítica de la memora*, Cuadernos de Literatura, p. 191)

Para mí, en medio de todo esto, lo que cuento ahora a todos los que me preguntan por mi trabajo de grado es que me enseñó a vivir otra vez.

Bibliografía

Bibliografía citada:

- Adorno, Theodor W. (1998). *Educación para la emancipación*. Madrid. Ediciones Morata, S.L.
- Agamben, Giorgio. (2005). *Lo que queda de Auschwitz: El archivo y el testigo* (Homo Sacer III). España. Pre-textos.
- Augé, Marc. (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona. Editorial Gedisa.
- Benedict, Anderson. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D. F. Fondo de Cultura Económico.
- Castany P., Bernat. (2009). *Reseña Los abusos de la memoria de Tzvetan Todorov*. Barcelona. Cartaphilus. Revista de investigación y crítica estética. Tomado del link: <http://revistas.um.es/cartaphilus/article/view/70001/67471>
- Guzmán, Germán., Fals B., Orlando., Umaña L., Eduardo. (2005). *La violencia en Colombia: Tomo I*. Bogotá. Taurus Historia.
- Halbwachs, Maurice. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza, España. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Jaramillo M., Alejandra. (2007). *Nación y Melancolía: Literaturas de la violencia en Colombia, 1995 – 2005*. Bogotá. Arbor Ciencia, Pensamiento y Cultura (págs. 319-330)
- Jelin, Elizabeth. (2001). *Los trabajos de la memoria*. España. Siglo Veintiuno editores.
- Richard, Nelly. (2002). *Crítica de la memoria*. Bogotá. Cuadernos de Literatura.
- Sarlo, Beatriz. (2005). *Tiempo pasado: Cultura de la memoria y tiempo subjetivo*. Una discusión. Buenos Aires. Siglo Veintiuno editores.
- Strejilevich, Nora. (2005). *El arte de no olvidar. Lectura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y 90*. Link tomado de: <http://www.elortiba.org/pdf/ElArtedenoOlvidar.pdf>

Tzvetan, Todorov. (1998). *La conquista de América: el problema del otro*. España. Siglo Veintiuno editores.

Tzvetan, Todorov. (2014). *La memoria amenazada*. Consultado en Bogotá el día 7 de julio de 2016. Tomado del link: <http://www.felsemiotica.org/site/wp-content/uploads/2014/10/Todorov-Tzvetan-La-memoria-amenazada.pdf>

Bibliografía consultada:

Barthes, Roland. (1999). *Mitologías*. España. Siglo Veintiuno editores.

Barthes, Roland. (1970) *Writing Degree Zero*. United States of America. Editions du Seuil.

Benedict, Anderson. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D. F. Fondo de Cultura Económico.

Deleuze, Gilles., Guattari, Félix. (2002) *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia. Pre-textos.

Gelman, Juan. (2015). *Bajo la lluvia ajena*. México. Libros del Zorro Rojo.

Jiménez, Juan Ramón, *Yo no soy yo*. Consultado el 7 de julio de 2016. Tomado del link: <http://www.poemas-del-alma.com/juan-ramon-jimenez-yo-no-soy-yo.htm>

Kundera, Milan. (2016). *El Libro de la risa y el olvido*. España. Tusquets editores.

Maldonado, Juan Camilo. (2014). *Buenaventura desmembrada*. Bogotá. VICE Colombia. Tomado del link: http://www.vice.com/es_co/read/buenaventura-desmembrada-0000447-v7n9

Maldonado, Juan Camilo. (2014). *Las trincheras invisibles de Cazucá*. Bogotá. VICE Colombia. Tomado del link: http://www.vice.com/es_co/read/cazuc-entre-trincheras-invisibles

Paz, Octavio. (1998). *El laberinto de la soledad*. México D.F. Fondo de Cultura Económica.

Ricoeur, Paul. (1999). *La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido*. Madrid. Universidad Autónoma de Madrid.

Rueda, María Helena. (2008). *Nación y Narración de la violencia en Colombia (De la historia a la sociología)*. Revista Iberoamericana (págs. 345 – 359)

Walsh, Roberto. (2000). *Operación Masacre*. Buenos Aires. Ediciones de la Flor S.R.L.